

Distr.  
RESTRINGIDA

LC/R.1225  
LC/DEM/R.150  
Serie A, N° 246  
2 de junio de 1993

ORIGINAL: ESPAÑOL

---

CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

*ESTRATEGIAS FAMILIARES DE VIDA EN EPOCA DE CRISIS:  
EL CASO DE MEXICO*

Este documento fue preparado por el señor Rodolfo Tuirán del Centro de Estadísticas Demográficas y de Desarrollo Urbano, Colegio de México. Es una versión revisada del documento presentado al Taller de trabajo "Familia, desarrollo y dinámica de población en América Latina y el Caribe", organizado por la División de Desarrollo Social de la CEPAL y el Área de Población y Desarrollo del CELADE, del 27 al 29 de noviembre de 1991. Las opiniones expresadas en este trabajo, el cual no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

93-6-729

## INDICE

Página

Introducción .....	1
<b>I. LA DECADA DE LOS OCHENTA: DE LA CRISIS AL CAMBIO ESTRUCTURAL .....</b>	<b>1</b>
1. El gasto social .....	2
2. El empleo .....	3
3. Los salarios .....	5
4. Evolución de las líneas de pobreza y marginación .....	6
5. Distribución del ingreso .....	6
<b>II. LOS HOGARES MEXICANOS FRENTE A LA CRISIS .....</b>	<b>7</b>
1. El enfoque de las estrategias de vida .....	7
2. Crisis económica y estrategias de vida en México .....	9
<b>III. CONCLUSIONES .....</b>	<b>19</b>
Cuadros .....	21
Bibliografía .....	33

## Introducción

La violenta irrupción de la crisis de 1982 y la sucesiva aplicación de políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural, han estimulado el interés de planificadores, políticos y estudiosos de la realidad mexicana por conocer y evaluar los costos sociales implícitos en ese proceso. En un contexto de crisis es natural formular ciertas preguntas, como por ejemplo, ¿qué efecto tuvieron las medidas de ajuste en el bienestar de las familias mexicanas? ¿qué ocurrió con el ingreso real de los diversos sectores sociales? ¿cayeron mecánicamente los niveles de vida como consecuencia del deterioro salarial? ¿qué mecanismos pusieron en práctica las unidades domésticas para tratar de aminorar o, en el mejor de los casos, contrarrestar los efectos de la crisis?

El presente trabajo forma parte de los esfuerzos de investigación orientados a dar respuesta a este tipo de interrogantes. Se apoya en los hallazgos de estudios previos llevados a cabo en el país por diversos autores en ciudades como Guadalajara (González de la Rocha y Escobar, 1989, y Velázquez y Arroyo, 1991), México (INCO, 1989, y De Lara, 1990), Oaxaca (Selby y otros, 1990), Querétaro (Chant, 1988) y Tijuana (De la Rosa, 1990). Estas y otras investigaciones similares realizadas sobre algunos otros países de América Latina (Raczynski y Serrano, 1984; Lopes y Gottschark, 1990, y Pollack y Villarreal, 1991) han configurado un rico mosaico de datos que, no obstante su carácter fragmentario, sirve para respaldar una variedad de hipótesis en este campo. En el presente capítulo se examinan algunas de las cuestiones planteadas en esos textos y se aportan datos empíricos derivados del caso mexicano con el objeto de responder a algunas de las interrogantes arriba planteadas.

### I. LA DECADA DE LOS OCHENTA: DE LA CRISIS AL CAMBIO ESTRUCTURAL

El año 1982 constituyó el punto de inflexión de la trayectoria de crecimiento seguida por la economía mexicana desde la posguerra. El efecto inicial de la crisis se reflejó en una caída del producto interno bruto (PIB), una contracción de la inversión y el consumo y un aumento de la inflación. Para enfrentar la crisis, se aplicó una drástica política de ajuste cuyos objetivos centrales consistieron en reducir el saldo deficitario de la balanza de pagos y controlar la inflación. Para lograr esos propósitos se procuró contraer el gasto, fortalecer los ingresos del sector público, mantener un control estricto sobre los salarios, y ajustar el tipo de cambio. Posteriormente, se abordó la tarea de reorientar la dirección y el estilo de desarrollo, con el fin de regresar a la senda del crecimiento sostenido, pero esta vez sobre bases diferentes. Habiendo existido hasta entonces una economía cuyo patrón de industrialización se basaba fundamentalmente en la sustitución de importaciones, los encargados de manejar la política económica delinearon una estrategia consistente en una mayor integración de la economía nacional con el mercado mundial mediante la promoción de unidades productivas capaces de competir en el mercado internacional. La crisis, concebida como una transición dirigida entre modelos de desarrollo (Escobar y de la Peña, 1990), ha dado lugar a una profunda reestructuración económica del país.

El estallido de la crisis sumado a la aplicación de políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural, se tradujo en una marcada escasez de oportunidades laborales asalariadas, una participación decreciente de la masa salarial dentro del producto interno bruto y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores. La población resintió también el debilitamiento del papel del Estado en materia de suministro de servicios básicos, observándose marcados retrocesos en las áreas que afectan de manera directa el bienestar social.

### 1. El gasto social

Un componente esencial de la política de estabilización y ajuste fue la reducción del déficit público mediante el aumento de los ingresos fiscales y la disminución del gasto gubernamental. Esto último se logró disminuyendo la inversión y los egresos corrientes. (Lustig y Ros, 1986; Lustig, 1987, 1990, 1991, y Cortés y Rubalcava, 1991a). La aguda contracción del gasto público repercutió en la parte asignada al desarrollo social fundamentalmente, en los gastos en educación, salud y asistencia y aportes al seguro social.

De acuerdo con las cifras oficiales, el gasto destinado a educación resultó particularmente afectado; en 1983 representó tan sólo el 69% del nivel de 1982; en 1984 y 1985 esa proporción se elevó en forma leve (74% y 76%, respectivamente), y entre 1986 y 1989 se estabilizó en una cifra cercana a 69% del gasto efectuado en 1982. Al parecer, el descenso real del gasto en educación se reflejó principalmente en el deterioro de las remuneraciones de los trabajadores de ese sector y no en la disponibilidad de recursos físicos y humanos (Lustig, 1987, 1990 y 1991).

Al igual que el gasto en educación, el presupuesto destinado a salud y asistencia social también cayó drásticamente en 1983, pues fue equivalente, en términos reales, a 70% del nivel alcanzado en 1982; sin embargo, entre 1984 y 1989 se recuperó gradualmente, representando en 1984 cerca de 75% del valor de 1982, 79% en 1985, 82% en 1986, 83% en 1987 y 85% en 1989. La aguda declinación de los recursos financieros se vio acompañada por un aumento considerable de la demanda potencial de servicios públicos de salud. Algunos organismos como el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) se hicieron cargo de los receptores de un significativo incremento de la demanda potencial. Según cifras oficiales, entre 1980 y 1988 la población beneficiaria de la seguridad social aumentó 46%, pasando de 29 millones 100 000 a 42 millones 500 000 personas (Lustig, 1991, cuadro 7, y Ayala y Schaffer, 1991, cuadro 2.1). Asimismo, la población abierta, que es atendida por la Secretaría de Salud, el IMSS, la Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (COPLAMAR) y otros programas, se incrementó en aproximadamente 29% en ese mismo período, al pasar de 25 millones a 32 millones 200 000 personas. En cambio, se estima que la población no beneficiada disminuyó en 64%, pasando de 14 millones a 5 millones 100 000 personas (Ayala y Schaffer, 1991, cuadro 2.12).

La contracción de recursos financieros, sumada al considerable aumento de la demanda potencial de servicios de salud, se reflejó en el deterioro de algunos coeficientes técnicos relevantes en instituciones de seguridad social, como el IMSS y el ISSSTE. Así, por ejemplo, en el IMSS el número de camas por cada 1 000 beneficiarios bajó de 1.62 en 1980 a 1.14 en 1987, mientras que en el ISSSTE disminuyó de 1.04 a 0.83. Asimismo, el número de médicos por 1 000 beneficiarios del IMSS fue de 1.14 en 1980 y de 0.99 en 1987. En el ISSSTE el mismo indicador permaneció constante (1.55 en 1980 y 1987, respectivamente). Finalmente, el número de quirófanos por cada 1 000 beneficiarios del IMSS disminuyó de 0.030 en 1980 a 0.021 en 1987, en tanto que en el ISSSTE pasó

de 0.040 a 0.026. (Véase, al respecto, De la Peña, 1990; Ayala y Schaffer, 1991, cuadro 2.1, y Lustig, 1991, cuadro 7.) Consideradas en conjunto, las instituciones que forman parte del sistema nacional de salud registraron un considerable aumento en cuanto a número de consultas (45% entre 1980 y 1987). De esta forma, los servicios de salud pública tuvieron que responder a una demanda creciente de servicios médicos en medio de agudas reducciones presupuestarias y de grandes limitaciones en materia de equipo e instalaciones.

Cabe preguntarse entonces *¿cómo* fue posible atender a una población creciente con recursos tan menguados? El cambio de la estructura de costos, resultante de la compresión salarial de los trabajadores del sector, permite comprender en parte el enigma. A ello debe agregarse que el sistema de salud mostró flexibilidad para satisfacer la demanda efectiva mediante la reorientación y un uso más eficiente de los recursos asignados a los programas de atención primaria y prevención de la salud, y la menor flexibilidad para prestar servicios especializados (Ayala y Schaffer, 1991).

## 2. El empleo

Las transformaciones que ha experimentado la economía mexicana desde 1982 han incidido negativamente en la capacidad del sistema económico para generar empleos asalariados al ritmo que exige la incorporación de miles de personas que necesitan trabajar. Ello ocurre en un momento en que la población en edad de trabajar crece todavía con gran celeridad como resultado de las altas tasas de crecimiento demográfico imperantes hace ya dos decenios. De acuerdo con diversos especialistas, durante los años ochenta se acentuaron tres fenómenos estrechamente vinculados entre sí, que se reseñan someramente a continuación.

i) El sector secundario perdió dinamismo, produciéndose una marcada desaceleración de su capacidad de absorción de mano de obra. Esta tendencia, observada ya desde los años setenta, ha sido reforzada en la coyuntura actual por un proceso de modernización tecnológica de algunas empresas (como las industrias automotriz y electrónica), el cierre de establecimientos por falta de competitividad y la quiebra de otros por contracción de la demanda de sus productos. En este sector se han venido observando cambios importantes en la orientación regional y por ramas de actividad del empleo industrial. De hecho, la dinámica ocupacional en la industria ha empezado a trasladarse hacia las maquiladoras y otras ramas vinculadas a la exportación. Estas tendencias han sido variables por ramas y regiones, si bien dieron lugar a una baja sensible del empleo creado por el sector industrial.

ii) Se profundizó la tendencia a la terciarización del empleo. Durante el decenio de 1970 el terciario se distinguió, a diferencia de las décadas anteriores, por un ritmo de incremento del empleo superior al registrado por el secundario. (Véase al respecto, García, 1988; De Oliveira y García, 1990b; Rendón y Salas, 1989, 1991a y 1991b.) De hecho, 52% de los puestos de trabajo asalariado y no asalariado creados durante los años setenta se concentró en el sector terciario, principalmente en los servicios. (Rendón y Salas, 1989, p. 552). Durante el decenio de 1980, este proceso se acentuó; en 1989 el comercio y los servicios ya absorbían dos terceras partes del personal ocupado en establecimientos no agrícolas y más de la mitad del personal asalariado (Rendón y Salas, 1991b).

iii) Se estancó o se retrotrajo el proceso de salarización de la fuerza de trabajo. Brígida García (1988) investigó un descenso en el ritmo de salarización de la fuerza de trabajo ocurrido durante los años setenta. Más recientemente, Rendón y Salas (1991b) indicaron que en el período 1985-1989 se había observado un aumento inusitado del número de establecimientos y una disminución de su

tamaño promedio. Existen datos que permiten sostener que el freno impuesto a la salarización y la aparente proliferación de pequeños negocios no son meros instrumentos de origen estadístico. De acuerdo con Rendón y Salas (1991b, p. 23), "mientras en los establecimientos fundados antes de 1985 más del 80% del personal era asalariado, en los que se fundaron en 1989 la proporción de asalariados era de 44%".

En el sector moderno de la economía el empleo no tuvo en este período una dinámica uniforme, sino que estuvo sujeto a las fluctuaciones observadas en la actividad económica. Los registros administrativos del IMSS indican que la reducción de la población asegurada (de carácter eventual y permanente) se inició en junio de 1982 y se intensificó en los 12 meses siguientes (Samaniego, 1990b). Los puestos eventuales y no calificados fueron los primeros en ser suprimidos. Hasta mediados de 1984 y durante todo el año de 1985 el sector formal empezó a recuperar su capacidad de absorción de fuerza de trabajo, para nuevamente observar disminuciones a lo largo de 1986 y 1987 (Samaniego, 1990b, y Rendón y Salas, 1989).

La crisis no afectó con la misma intensidad a las diferentes regiones y ramas de la actividad económica. Así, por ejemplo, las actividades vinculadas con la manufactura de bienes de consumo duraderos, la construcción y el transporte experimentaron el efecto más agudo en los períodos críticos de 1982-1983 y 1986-1987, desplazando un número importante de trabajadores asalariados (Mertens y Richards, 1987, y Samaniego, 1990a). Las tres principales áreas metropolitanas del país, así como las ciudades en que el peso de la industria de bienes de consumo duraderos y de bienes de capital es relativamente alto, experimentaron con mayor intensidad los efectos de la crisis. Una repercusión menos violenta fue la registrada en regiones con predominio agrícola o en localidades en que la actividad económica está orientada en forma primordial a la industria de bienes de consumo no duraderos (Samaniego, 1990a). Algunos centros turísticos, como Cancún y otras ciudades de la frontera norte, como Tijuana y Ciudad Juárez, a diferencia de lo ocurrido en otras regiones del país, registraron un crecimiento económico y una dinámica ocupacional sin precedente.

Frente al abatimiento de la dinámica ocupacional en el sector formal, se produjo al parecer un importante desplazamiento de fuerza de trabajo hacia el sector informal (Mertens y Richards, 1987; Jusidman, 1989, y Samaniego, 1990b). La duración misma de la contracción y la ausencia de un seguro de desempleo contribuyeron a explicar la expansión del sector informal y las relativamente bajas tasas de desocupación abierta observadas durante la década de 1980. Las cifras oficiales citadas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 1989) indican que México experimentó la más drástica reestructuración, desde el punto de vista del empleo, de todos los países latinoamericanos. Según esta fuente, entre 1980 y 1987 el sector informal urbano aumentó de 24.2% a 33%; en cambio, el empleo asalariado en las grandes empresas privadas cayó de 29.1% a 21.6%, mientras que en las pequeñas empresas privadas disminuyó de 24.9% a 19.8%.

La expansión del sector informal se nutrió básicamente de los trabajadores que habiendo tenido un empleo formal se vieron repentinamente despedidos, los trabajadores que pese a mantener su posición de asalariados experimentaron una reducción de sus ingresos reales o del número de horas de trabajo por semana y por último, un contingente de personas que ingresaban al mercado de trabajo y que no habían podido obtener un empleo asalariado. A su vez, al incidir la caída de los salarios reales en los ingresos familiares, se acrecentó la participación de menores y de mujeres en la actividad económica (González de la Rocha, 1987; De Barbieri y De Oliveira, 1989; De Oliveira, 1988, y García y De Oliveira, 1990). El aumento de la participación femenina en el mercado laboral, documentada desde los años setenta, se vio acompañado durante el decenio de 1980 por cambios

importantes en el perfil de la mano de obra. De hecho, factores que tradicionalmente habían inhibido del trabajo femenino dejaron de operar con la misma intensidad que en el pasado reciente. De esa forma, algunos sectores de mujeres que tradicionalmente habían tenido escasa presencia en el mercado de trabajo (como las de mayor edad, las casadas o las unidas con hijos en edad preescolar y las de más baja escolaridad) aumentaron de manera considerable su participación en la actividad económica entre 1982 y 1987 (García y De Oliveira, 1991).

### 3. Los salarios

Los salarios reales fueron los más afectados por el detrimento generalizado de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en México. Si bien éstos habían registrado entre 1952 y 1976 un movimiento ascendente, a partir de 1977 se inició una política de reducción sistemática del valor de la mano de obra; durante el período 1977-1982 los salarios cayeron lentamente y a partir de 1983 disminuyeron en forma aguda y sostenida (Rendón y Salas, 1989, y Bortz, 1990). Como consecuencia de esa política, el salario mínimo medio nacional de 1983 representó 72.5% del correspondiente a 1978. Tomando como base este último año, el poder adquisitivo del salario bajó en promedio a 66% en 1984, 65.2% en 1985, 58.4% en 1986, 55.3% en 1987, 49.2% en 1988, 45.1% en 1989 y 39.4% en 1990. Conjuntamente con el descenso de los salarios mínimos, se produjo también un aumento significativo de la proporción de trabajadores con ingresos menores o iguales al mínimo.

En el período 1982-1986, el deterioro del salario industrial siguió de cerca la caída del salario mínimo. Sin embargo, desde 1987, año en que se comenzó a aplicar en el país la política de cambio estructural, la situación enunciada parece haber empezado a cambiar. De acuerdo con cifras oficiales, la desproporción entre el crecimiento del salario mínimo y el salario industrial aumentó considerablemente a partir de 1987, acentuándose en los dos años siguientes. De esta manera, el salario mínimo desempeñó cada vez menos el papel de precio de referencia para establecer las remuneraciones industriales. Cabe señalar que en los últimos años se ha constatado asimismo una mayor dispersión salarial entre las distintas ramas industriales.

Para apreciar la pérdida del poder adquisitivo del salario mínimo en México, resulta útil relacionar éste con los costos de una canasta básica para la familia típica nacional. Utilizando la composición de la canasta normativa de satisfactores esenciales (CNSE) establecida por la COPLAMAR, Julio Boltvinik (1989) estimó su costo y el de una canasta normativa submínima (CNSM), que incluye solo el subtotal de alimentación, vivienda, salud e higiene y educación de la CNSE, en diferentes momentos del período 1963-1987. Al comparar los costos de ambas canastas (a precios corrientes) con el equivalente al salario mínimo legal vigente en cada año, Boltvinik pudo identificar tres períodos claramente diferenciados:

i) Entre 1963 y 1977 el número de salarios mínimos por familia necesario para adquirir la CNSE o la CNSM disminuyó aceleradamente, pasando de 3.4 a 1.6 en el primer caso y de 2.3 a 1.0 en el segundo.

ii) Entre 1978 y 1982 el número de salarios requerido para la adquisición de la CNSE o la CNSM aumentó sólo ligeramente (de 1.6 a 1.8 y de 1.0 a 1.1 salarios mínimos, respectivamente).

iii) A partir de 1983 el número de salarios mínimos por familia para sufragar los costos de la canasta básica empezó a ascender rápidamente: al 1º de agosto de 1987 se requerían 3.5 salarios mínimos para adquirir la CNSE y hasta 2.0 salarios mínimos para acceder a la CNSM, es decir, prácticamente los niveles de 1963.

#### 4. Evolución de las líneas de pobreza y marginación

Otra manera de apreciar los efectos derivados de la crisis y de los programas de ajuste y estabilización en las condiciones de vida de la población consiste en examinar la evolución de las líneas de pobreza y marginación existentes en el país. Si para definir la línea de pobreza se toma como criterio el ingreso familiar que está por debajo del costo de la CNSE y para establecer la línea de pobreza extrema (o de marginación) se considera el monto del ingreso familiar que es inferior al costo de la CNSM, es posible estimar, como lo ha hecho Hernández-Laos (1991), el número absoluto y relativo de hogares en condiciones de pobreza y marginación en diferentes momentos del período 1963-1988. Utilizando la información ajustada de las encuestas de ingresos y gastos, Hernández-Laos sostiene dos argumentos.

- El porcentaje de los hogares en condiciones de pobreza se redujo de manera significativa en los años sesenta y setenta, pasando de 80.7 a 74.2 entre 1963 y 1968 y de 61.6% a 52.5% entre 1977 y 1981. A pesar de los innegables avances logrados, éstos aumentaron de 5 millones 900 000 a 6 millones 900 000 entre 1963 y 1981. Cabe hacer notar que a lo largo de este período ocurrió un proceso gradual de cambio de composición del grupo de unidades pobres: mientras que en el decenio de 1960, la gran mayoría de los hogares se encontraba en condiciones de pobreza extrema, en los años setenta su peso relativo disminuyó de manera significativa. A lo largo del período considerado, los hogares del país que estaban en esta condición pasaron de 70% a 58.2% entre 1963 y 1968 y de 35.7% a 30.9% entre 1977 y 1981. En términos absolutos, el número de hogares en condiciones de marginación alcanzó a 5 millones 100 000 en 1963 y a cerca de 4 millones en 1981.

- Al estallar la crisis, la tendencia descrita no sólo se vio frenada, sino que incluso se revirtió; los datos con que se cuenta indican que entre 1981 y 1988 se registró un incremento de los niveles absolutos y relativos de pobreza y marginación. Según las cifras de Hernández Laos, los hogares en condiciones de pobreza pasaron de 52.5% en 1981 a 62.0% en 1984 y a 62.5% en 1988, lo que significó que el número de éstos se incrementara en aproximadamente 4 millones de hogares, al pasar de 6 millones 900 000 a 10 millones 900 000 entre 1981 y 1988. Los hogares en condiciones de marginalidad y pobreza extrema también aumentaron en los años ochenta, al pasar de 30.9% en 1981 a 34.8% en 1984, para finalmente observar, hacia fines del decenio, una leve disminución (32.4% en 1988). En términos absolutos, los hogares de este tipo aumentaron de 4 a 5 millones 700 000 entre 1981 y 1988.

#### 5. Distribución del ingreso

Los estudios que utilizan otros métodos de estimación para cuantificar la pobreza y la pobreza extrema en México han arribado a conclusiones similares; en efecto, todos ellos coinciden en señalar que la incidencia e intensidad de esos dos fenómenos aumentaron en los años ochenta (Boltvinik, 1989, y Hernández-Laos, 1992). A pesar de ello, los escasos estudios disponibles no revelaron un mayor grado de desigualdad. De manera un tanto sorprendente mostraron que el índice de Gini permaneció casi igual entre 1977 y 1984 (Hernández Laos, 1989, e INEGI, 1989). Diversos analistas supusieron que los programas de estabilización y ajuste aplicados a partir de 1982 tenderían a producir un mayor grado de concentración del ingreso. Sin embargo, la medición de la desigualdad en el período 1977-1984 no reveló un aumento sino una leve tendencia a la equidistribución, combinada con la contracción generalizada de los ingresos promedio por hogar.



Más recientemente, Cortés y Rubalcava (1992) basándose en las Encuestas de Ingresos y Gastos de 1984 y 1989 han indicado que en el período más reciente sí se incrementó el grado de desigualdad del ingreso familiar, básicamente como consecuencia del alza de los ingresos de los hogares pertenecientes a los deciles superiores cuya fuente de origen proviene sobre todo de la renta empresarial, los ingresos no monetarios y, en menor medida, de la renta de la propiedad. Para interpretar adecuadamente estos hallazgos, conviene recordar que "en 1987 se pone en práctica la política de cambio estructural que implicó la liberalización del mercado, eliminación de subsidios, y estímulos a la competencia para lograr la eficiencia productiva. Estas transformaciones llevaron a un proceso de selección natural de empresas quedando en el mercado las competitivas. No es extraño, entonces, que entre 1984 y 1989, la renta empresarial haya disminuido desde el primero hasta el octavo decil y que sólo aumentara moderadamente en el noveno y con fuerza en el décimo" (Cortés y Rubalcava, 1992a, p. 24).

De acuerdo con Cortés y Rubalcava (1991a), los hogares "absorben y procesan" las repercusiones de las políticas de ajuste y reforma estructural y, por tanto, en ellos se originan acciones y respuestas diversas de acuerdo con sus recursos. En este sentido, podría decirse que la distribución del ingreso familiar, tanto en 1984 como en 1989, "es el resultado de dos procesos opuestos: uno que tendió a concentrar el ingreso", desencadenado por las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural, "y otro de sentido contrario, que se originó en las acciones que emprendieron los hogares" en defensa de su ingreso y de su capacidad de consumo (Cortés y Rubalcava, 1991a, p. 26).

## II. LOS HOGARES MEXICANOS FRENTE A LA CRISIS

La importancia asignada al gasto social, el empleo y los salarios, así como al análisis de sus fluctuaciones en el período reciente, se desprende del papel clave que juega en el proceso de reproducción de las unidades domésticas y de la fuerza de trabajo. Como se sabe, la mantención de los trabajadores y de sus familias depende de varios factores: i) la disponibilidad de empleo y de los niveles de remuneración reales, que condicionan la cantidad y calidad de los bienes que las familias pueden comprar en el mercado; ii) el conjunto de actividades que se realizan en el ámbito doméstico, que van desde la compra de los bienes y de su elaboración para ser consumidos hasta el desempeño de otras tareas, y iii) la prestación de servicios de educación, salud, seguridad social y de subsidios a productos básicos por parte del Estado (De Barbieri y De Oliveira, 1989). Los datos indican que estas condiciones experimentaron importantes modificaciones durante la crisis. Cabe hacer notar que la repercusión de ésta no fue sólo de índole económica, pues la crisis trastocó los espacios de la vida cotidiana de los hogares, provocó cambios en los mecanismos de solidaridad dentro y fuera de la familia y alteró las relaciones sociales a nivel comunitario.

### 1. El enfoque de las estrategias de vida

En la literatura sociodemográfica latinoamericana se ha argumentado con insistencia que las unidades domésticas tienden a ajustar sus estrategias de vida para hacer frente a fenómenos tales como el desempleo y la caída de los salarios y el ingreso familiar. En esos estudios se asigna a dichas estrategias un potencial para contrarrestar o reducir el deterioro en los niveles de bienestar causados por la recesión y las políticas de ajuste y estabilización. Como ha señalado Cornia (1987, p. 128), "muchas de estas estrategias, por no decir la mayoría, no son nuevas, y muchos pobres las han adoptado a lo largo de toda la vida. Es evidente, sin embargo, que las familias recurrirán cada vez más

a ellas en períodos de crisis económica generalizada". Bajo tales circunstancias, algunas de esas estrategias pueden llegar a jugar una función clave para amortiguar el deterioro de las condiciones de vida.

Sin embargo, diversos analistas se han preguntado si la noción de "estrategia" es la más adecuada. De hecho, algunos de ellos han advertido acerca de sus múltiples ambigüedades y paradojas. (Véase, por ejemplo, Argüello, 1981; Cornell, 1987; Folbre, 1987; Scott, 1987; Tilly, 1987; Crow, 1989; Escobar y De la Peña, 1990; González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990, y Selby y otros, 1990.) El término "estrategia" evoca implícita o explícitamente una serie de supuestos vinculados con el uso del mismo, los que se reseñan a continuación.

i) Generalmente se supone que el hogar o la familia actúa como una sola unidad, de forma que las identidades de todas y cada una de las personas relacionadas con el grupo quedan subsumidas dentro del colectivo, que se caracteriza por un conjunto de propiedades que surgen de las relaciones entre sus miembros. Sin embargo, las unidades domésticas están compuestas por individuos diferenciados por género y edad, cuyas motivaciones y acciones pueden no coincidir con el interés colectivo. Por ello, resulta necesario especificar "las condiciones en que es viable una estrategia colectiva" (Escobar y De la Peña, 1990). Una de esas condiciones es la cuestión del poder, es decir, la decisión acerca de quién o quiénes y cómo ha de determinarse e o los cursos de acción que deben adoptar los grupos domésticos; sin embargo, este aspecto rara vez es abordado por los estudios que adoptan la noción de "estrategia".

ii) Asimismo, muchos de los estudios basados en el enfoque de las estrategias de vida han puesto un énfasis excesivo en la capacidad racional de adaptación del grupo doméstico, así como en el supuesto de una solidaridad siempre vigente entre sus miembros. Se ha señalado al respecto que esta línea de investigación expresa en cierta forma un menosprecio analítico por el conflicto, tanto al interior del grupo doméstico como a partir de las relaciones laborales y de mercado establecidas hacia el exterior (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990).

iii) Finalmente, la noción de "estrategia" supone la existencia de situaciones caracterizadas por un número "adecuado" de opciones; sin embargo, diversos autores han señalado que los hogares de escasos recursos deben enfrentar más bien trayectorias obligadas y, por tanto, una escasez o ausencia de alternativas (Crow, 1989; Selby y otros, 1990).

Estas y otras críticas similares advierten acerca de las precauciones que deben tomarse al hacer uso de la noción de "estrategia", si bien el término permite recuperar a los individuos y los hogares en su dimensión de actores sociales. Como señalan Escobar y De la Peña (1990, p. 19), los pobladores del país "distan de ser recipientes pasivos de la 'crisis', figuras inertes arrastradas por los oleajes de la migración, vapuleadas por las vicisitudes de un mercado de trabajo errático y una provisión de servicios deficiente e injusta". Al respecto, conviene mencionar que algunos esfuerzos de reconceptualización en este campo han puesto de relieve el doble carácter de las acciones de los individuos y los grupos. En esta línea de análisis, las estrategias se conciben como prácticas sociales que si bien "encuentran límites en los condicionantes macrosociales, funcionan igualmente como elementos constituyentes de las estructuras" (De Oliveira y Salles, 1989, p. 27).

## 2. Crisis económica y estrategias de vida en México

En las siguientes secciones nos proponemos presentar algunos hallazgos acerca de la naturaleza y efectividad de las estrategias desplegadas por los hogares de bajos ingresos para intentar sortear los efectos de la crisis. Con el objeto de organizar la presentación, hemos decidido —al igual que Cornia (1987, p. 118)— agrupar en tres grandes categorías las respuestas adoptadas por los hogares frente al deterioro económico causado por la crisis y las medidas de ajuste, a saber: las estrategias destinadas a la generación de recursos, las estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes, y las estrategias que inciden en la estructura, composición y organización de la familia.

### a) Estrategias destinadas a la generación de recursos

Este tipo de estrategias tienen por objeto proteger el nivel de ingresos del hogar (en dinero y/o en especie) o, al menos, contener su descenso dentro de ciertos límites para poder satisfacer las demandas de consumo familiar (Cornia, 1987). Con este fin, puede ocurrir que los hogares —de acuerdo con sus características sociodemográficas, la división sexual del trabajo imperante dentro de ellos y la disponibilidad de oportunidades remuneradas en el mercado local— traten de intensificar y/o diversificar la participación de sus miembros en la actividad económica, mediante diferentes mecanismos laborales y domésticos. El abanico de respuestas para afrontar la caída de los ingresos reales puede ser bastante amplio. Para aumentar la participación en la actividad económica de los miembros del hogar, las unidades domésticas pueden recurrir no sólo a los varones adultos (cuando están disponibles), sino también a mujeres de distintas edades o a personas situadas en las edades extremas (ancianos, jóvenes y niños). Asimismo, sus integrantes pueden desempeñar simultáneamente dos o más ocupaciones, combinar trabajo asalariado con actividades por cuenta propia, o simplemente, prolongar su jornada laboral.

Existe consenso en torno a la idea de que para sobrellevar la crisis las unidades domésticas de bajos ingresos hicieron participar a un mayor número de miembros en la actividad económica. Ello llevó a mujeres y menores a incrementar su participación en el mercado laboral para contribuir a la satisfacción de las necesidades básicas de los hogares. Cabe señalar, sin embargo, que este tipo de respuestas a la crisis no se generalizó en todos los sectores y grupos sociales. Según Cortés y Rubalcava (1991, pp. 84 y 85), en los estratos de ingresos intermedios e intermedios superiores "la caída de la remuneración al trabajo fue de magnitud similar a la disminución de los salarios mínimos, lo que podría indicar que estos grupos sociales no siguieron masivamente la estrategia de aumentar su fuerza de trabajo [...] El comportamiento distinto respecto a los estratos inferiores probablemente se debe a su mayor holgura para absorber la disminución de salarios reales sin que se afecte su consumo esencial". Sin embargo, conforme la contracción salarial se prolongó por años, los recursos de estas familias se fueron agotando y sus miembros tuvieron que recurrir a la obtención de un segundo empleo, la incorporación de un mayor número de miembros al mercado laboral, la producción doméstica de artículos para la venta y/o la reducción de sus patrones de consumo.

En el cuadro 1, se pueden apreciar los cambios observados entre 1982 y 1987 en el índice de utilización de la fuerza de trabajo masculina y femenina disponible en el hogar, considerando tanto el país en su conjunto como las áreas rurales, urbanas y metropolitanas. <sup>1/</sup> Este indicador ha sido

---

<sup>1/</sup> El índice de utilización de la fuerza de trabajo disponible se define como el cociente que resulta de distribuir el número de miembros económicamente activos de un hogar que pertenecen al grupo de edades X entre el número total de miembros (activos e inactivos) en ese mismo grupo de edades.

calculado para ambos sexos y seis diferentes grupos de edad con base en los datos provenientes de dos encuestas nacionales. 2/ Para facilitar el análisis comparativo en el período indicado, hemos decidido clasificar los hogares en tres grandes categorías de acuerdo con el valor observado por este índice según sexo y grupo de edades. Categoría 1: compuesta por hogares que no utilizan la fuerza de trabajo de que disponen; Categoría 2: integrada por unidades domésticas que hacen uso parcial de la fuerza de trabajo que tienen disponible; y Categoría 3: constituida por hogares que utilizan toda la fuerza de trabajo con que cuentan. El cuadro señalado permite apreciar el comportamiento de este índice a nivel nacional y también en las unidades situadas en localidades rurales (de menos de 20 000 habitantes), urbanas (de 20 000 habitantes y más) y metropolitanas (Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara).

A nivel nacional es posible advertir al menos cuatro fenómenos significativos, a saber:

i) La utilización de la fuerza de trabajo masculina disponible en las edades adultas (18 a 44 y 45 a 64 años de edad) no registró cambios significativos entre 1982 y 1987. En ambos años hubo una clara concentración de los hogares en la categoría 3. Así, por ejemplo, en 1982, 92.5% de los hogares hizo uso de toda la fuerza de trabajo masculina de entre 45 y 64 años de edad, mientras que en 1987 el valor del mismo indicador ascendió a 91.6%. La proporción restante de los hogares que contaban con miembros en dichas edades no utilizó la fuerza de trabajo disponible o bien lo hizo sólo parcialmente.

ii) La proporción de los hogares que utilizan en forma parcial la fuerza de trabajo masculina disponible de 65 años y más se incrementó considerablemente en ese mismo período, con la concomitante declinación porcentual de los hogares situados en la categoría 3 y en menor medida en la categoría 1. Dicho comportamiento probablemente refleje que, en el mercado de trabajo, operan mecanismos de selección negativa en contra de este grupo de edades.

iii) En contraste con lo anterior, la utilización de la fuerza de trabajo masculina de adolescentes y menores (8 a 11, 12 a 14 y 15 a 17 años de edad) sí registró modificaciones importantes en ese mismo período. De hecho, en cada uno de esos tres grupos de edad se observó un incremento significativo de la proporción de hogares que hacían uso de toda la fuerza de que disponían.

iv) Asimismo, si bien la utilización de la fuerza de trabajo femenina fue más reducida que la masculina, también se incrementó considerablemente entre 1982 y 1987, tanto en las edades adultas (18 a 44 y 45 a 64 años de edad) como entre las adolescentes y las menores de edad (8 a 11, 12 a 14 y 15 a 17 años de edad).

En el cuadro 1 también se podrá observar que existen pautas relativamente similares a nivel rural y urbano y metropolitano, aunque con algunas variaciones en cuanto a los valores de estos índices. Los estudios de casos realizados en algunas áreas urbanas del país han arribado a conclusiones semejantes. En esos estudios se ha podido mostrar que los hogares de bajos ingresos,

---

2/ El cuadro 1 fue construido con la información de la Encuesta Nacional Demográfica (END, 1982) y la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (ENFES, 1987). Los datos provienen en cada caso del cuestionario aplicado al hogar. Las preguntas relacionadas con la actividad económica, de la cual se deriva el indicador que construimos, tiene como período de referencia los 12 meses previos al levantamiento de cada una de estas encuestas sociodemográficas.

situados en ciudades con una estructura productiva y ocupacional tan disímil como Oaxaca (Selby y otros, 1990), Tijuana (De la Rosa, 1990), Guadalajara (González de la Rocha y Escobar, 1989, y Velázquez y Arroyo, 1991) y la Ciudad de México (INCO, 1989; Jusidman, 1989, y De Lara, 1990) han hecho frente a la crisis utilizando más intensivamente la fuerza de trabajo de que disponen.

El Instituto Nacional del Consumidor (INCO) emprendió en 1985 el proyecto denominado Seguimiento de la situación alimentaria y ocupacional de la población de escasos recursos en el área metropolitana de la Ciudad de México, con el fin de evaluar algunos de los efectos adversos de la crisis en los sectores más vulnerables de la población. La información proveniente de esta encuesta constituye un rico mosaico de indicios y constataciones empíricas que permiten respaldar algunas hipótesis generales. Esta investigación utilizó la técnica del panel, que permite observar con detalle los cambios en el ingreso y el consumo familiar, así como las medidas adoptadas por las familias para contrarrestar o amortiguar los efectos de la crisis durante el período de observación. Hasta ahora se han formado cuatro paneles. 3/ En este capítulo se presentan los resultados correspondientes al primer panel. Los hogares que lo integran fueron seleccionados mediante técnicas de muestreo 4/ y sometidos a seguimiento durante el período comprendido entre junio de 1985 y febrero de 1988, lapso en que ocurrió una drástica caída de los salarios reales. 5/

La población estudiada fue clasificada por el INCO en dos sectores, formal e informal, según las características de la ocupación de los jefes de hogar. Quienes se empleaban con un tercero y contaban con servicio médico por su relación laboral fueron agrupados en el sector formal; los que autogestaban su ocupación o se empleaban con un tercero pero no contaban con servicio médico fueron agrupados en el sector informal. Ambos sectores, a su vez, se estratificaron de acuerdo con los ingresos de la familia. El sector formal se dividió en tres grupos y el informal en dos: I. Estrato formal bajo, formado por familias con ingresos de entre 0.8 y 1.5 veces el salario mínimo; II. Estrato formal medio bajo, compuesto por unidades con más de 1.5 y hasta 2.5 veces ese salario; III. Estrato formal medio, formado por hogares con más de 2.5 y hasta 3.5 veces dicho salario; IV. Estrato informal bajo, constituido por hogares que reciben entre 0.8 y 1.5 salarios mínimos, y V. Estrato informal medio, integrado por unidades que perciben más de 1.5 y hasta 3.5 veces el salario mínimo.

i) Evolución del ingreso de los jefes de hogar. El punto de partida de nuestro análisis fue la tendencia seguida por el ingreso semanal promedio real de los jefes de hogar en los diferentes estratos. Se afirma con frecuencia que el nivel de ingresos del jefe (o de los miembros adultos que

---

3/ Cada uno de ellos comprende seis etapas de levantamiento; después de la sexta etapa se considera agotado el panel y se lo sustituye por otro.

4/ La muestra fue autoponderada y es representativa de la población de bajos ingresos del área metropolitana de la Ciudad de México.

5/ Los criterios utilizados para seleccionar la muestra fueron: i) que en la fecha de la primera etapa de la encuesta los miembros del hogar tuvieran su residencia en el área metropolitana de la Ciudad de México; ii) que los hogares estuvieran integrados por un mínimo de tres y un máximo de doce miembros; iii) que todos ellos ocuparan una vivienda, sola o compartida; iv) que consumieran en común alimentos y otros bienes indispensables para la satisfacción de las necesidades familiares; v) que el ingreso familiar estuviera comprendido en el rango de 0.8 a 3.5 salarios mínimos legales de la zona salarial correspondiente (De Lara, 1990).

trabajan) determina la participación económica de otros miembros de la unidad doméstica, de forma tal que si éste es bajo o insuficiente para garantizar la reproducción del grupo, es probable que la unidad doméstica se vea en la necesidad de intensificar el uso de la fuerza de trabajo o aumentar -en los hogares en que ello es posible- el número de miembros que puedan dedicarse a alguna actividad remunerada, aun cuando esa participación se realice -dada la limitación de empleos- en ocupaciones autogestadas. De acuerdo con la información proveniente de la encuesta del INCO, el ingreso real de los jefes de hogar declinó en cuatro de los cinco estratos durante el período comprendido entre junio de 1985 y febrero de 1988 (fases primera y última de la encuesta del INCO). El deterioro del ingreso real fue sistemático a partir de la primera fase en los estratos formal medio e informal medio. Si se comparan los resultados de la primera y la última fase de la encuesta, puede concluirse que el ingreso de los jefes de hogar que integran el estrato formal medio cayó en aproximadamente 33%. La disminución de los ingresos correspondientes a las cabezas de hogar de los estratos formal medio bajo e informal medio fue también importante, pero no tan grave como la que tuvo lugar en aquel estrato (-16% y -20%, respectivamente). A su vez, los ingresos de los jefes de hogar pertenecientes al estrato formal bajo experimentaron un ligero descenso (-5%); en cambio los integrantes del estrato informal bajo lograron mantener sus ingresos reales e incluso incrementarlos ligeramente durante el período de observación (+5.0%).

ii) Evolución del número promedio de perceptores de ingresos. Los datos presentados en el cuadro 2 permiten respaldar la idea de que, en un contexto de salarios decrecientes y bajos, la mayor participación de los miembros del hogar en actividades remuneradas fue una de las estrategias más comúnmente empleadas para proteger el ingreso familiar o detener su caída. En el cuadro indicado se podrá advertir una tendencia creciente del número promedio de perceptores de ingresos por hogar en todos los estratos. Este patrón se manifestó con claridad en los sectores de menores ingresos (formal bajo, formal medio bajo e informal bajo). En el mismo cuadro se aprecia que el aumento en el número promedio de perceptores de esos estratos obedece básicamente a la incorporación de mujeres a la actividad económica remunerada. Debe advertirse que dicho incremento no fue tan significativo en los dos estratos medios (formal medio e informal medio), aunque estos sectores registraron los promedios más altos a mediados de 1985.

El aumento del número promedio de perceptores de ingresos por hogar fue posible principalmente gracias a la incorporación de fuerza de trabajo en ocupaciones no fijas, es decir, con ingresos y condiciones de trabajo inestables. (Véase cuadro 3.) Este tipo de inserción laboral se incrementó considerablemente en los estratos de escasos recursos (formal bajo, formal medio bajo e informal bajo). No ocurrió así en los estratos intermedios; de hecho, en el estrato formal medio no se modificó substancialmente el número promedio de productores de ingresos... ni la distribución de éstos entre ocupaciones fijas y no fijas, mientras que en el estrato informal medio más bien tuvo lugar una recomposición de la inserción laboral de sus integrantes, produciéndose un enigmático traslado de ocupaciones no fijas a ocupaciones fijas y más estables. Cabe hacer notar que durante el período de observación disminuyó o se mantuvo constante (en casi todos los sectores, con excepción del estrato informal medio) el número promedio de productores de ingresos de sexo masculino en ocupaciones fijas, aumentando el correspondiente a ocupaciones no fijas. En cambio, se observó un incremento de la participación de las mujeres en ambos tipos de ocupaciones, que fue más nítido en las ocupaciones no fijas y claramente definido, una vez más, en los estratos de menores ingresos. (Véase el cuadro 4.)

iii) Índice de utilización de la fuerza de trabajo disponible. A continuación empleamos el índice de utilización de la fuerza de trabajo masculina y femenina a fin de determinar si el aumento en el número de perceptores de ingresos estaba relacionado con el uso más eficiente de los recursos humanos disponibles en los hogares. Asimismo, este índice permitió cuantificar la proporción de los hogares de cada estrato involucrados en los cambios brevemente enunciados. En general, se observó una tendencia decreciente en la proporción de hogares que habían recurrido a toda la fuerza de trabajo masculina de 19 años y más con que contaban. Este patrón se registró en mayor o menor medida, en casi todos los estratos a lo largo del período. (Véase cuadro 5.) En contraste con lo anterior, la utilización parcial y total de la fuerza de trabajo femenina de 19 años y más registró un aumento considerable y generalizado, que fue particularmente marcado en los estratos de menores ingresos, es decir, en los estratos formal bajo, formal medio bajo e informal bajo). <sup>6/</sup>

El cálculo del índice de utilización de la fuerza de trabajo disponible de 19 años y más por sexo y tipo de ocupación (fija y no fija) confirmó las tendencias enunciadas y simultáneamente permitió evaluar los movimientos entre una ocupación y otra al interior de los hogares. (Véase los cuadros 6 y 7.) Así, por ejemplo, se estima que en junio de 1985 cerca del 72% de las unidades domésticas del estrato formal bajo utilizó la totalidad de su fuerza de trabajo masculina en ocupaciones fijas. En las etapas siguientes de la encuesta, esta proporción disminuyó gradualmente. De hecho, en febrero de 1988 sólo 33% de los hogares se encontraba en esa condición. El estrato formal medio registró una situación similar; el índice en cuestión disminuyó de 50% a 23% durante el período indicado. A diferencia de estos estratos, en el sector formal medio bajo no se observó una caída lineal de ese indicador, sino más bien drásticos altibajos entre una etapa y otra, aunque con una tendencia a la baja. La disminución observada en esos estratos no fue compensada inicialmente por un aumento de la inserción de la fuerza de trabajo masculina en ocupaciones no fijas. Sólo en agosto de 1987 comenzó a observarse una reacción en ese sentido. A su vez, los estratos informal bajo e informal medio registraron importantes fluctuaciones en la utilización de la fuerza de trabajo masculina en ocupaciones no fijas, aunque en ambos casos la tendencia fue a la baja. Este descenso fue acompañado por el importante aumento registrado en la utilización de la fuerza de trabajo masculina en ocupaciones fijas, ocurrido entre agosto de 1986 y agosto de 1987, especialmente en el estrato informal medio.

En contraste con lo anterior, la utilización parcial y total de la fuerza de trabajo femenina de los hogares pertenecientes a los estratos formal bajo y formal medio bajo se tradujo en un importante aumento en ocupaciones fijas y no fijas, en tanto que en el estrato formal medio dicho incremento no pareció ser tan significativo en ambos tipos de inserción laboral. Por su parte, el aumento de la participación femenina en el estrato informal bajo se registró principalmente en las ocupaciones no fijas, mientras que en el estrato informal medio el incremento ocurrió en las ocupaciones fijas.

iv) Ingreso familiar e ingreso del jefe de hogar. La incorporación de un mayor número de miembros del hogar a las actividades remuneradas contribuyó a contrarrestar total o parcialmente la disminución de los ingresos de los jefes de hogar. Como se advertirá en el cuadro 8, la defensa del

---

<sup>6/</sup> La utilización de la fuerza de trabajo (parcial o total) de menores de 19 años no mostró grandes cambios en las seis diferentes etapas de la encuesta, aunque cabe advertir algunas importantes fluctuaciones cuando se analizan los datos según estrato socioeconómico. Este hecho parecería indicar que la participación laboral de los adolescentes y menores —cuando se produce— es sobre todo de índole temporal y por períodos breves.

ingreso familiar tuvo un éxito generalizado entre junio y noviembre de 1985. Sin embargo, llamó la atención que en 1986 y 1987 los hogares del sector formal registraran de manera casi generalizada una baja significativa de los ingresos familiares, lo que no ocurrió en los hogares del sector informal. La naturaleza de los mercados de trabajo a que recurren los jefes y miembros de los hogares de estos dos sectores permite explicar en parte las diferencias señaladas. (Jusidman, 1989; INCO, 1989.)

El deterioro del ingreso de los jefes de hogar en los estratos formal bajo e informal bajo fue compensado con creces entre junio de 1985 y febrero de 1988 por las remuneraciones de otros miembros; en esos estratos el ingreso familiar se incrementó 12% y 19%, respectivamente. Por su parte, los integrantes del estrato formal medio bajo sólo experimentaron una caída mínima del ingreso familiar en el mismo período (-2%), en tanto que los del estrato-informal-medio registraron montos crecientes durante todo el período para bajar sólo ligeramente en febrero de 1988 (-3%), con respecto al ingreso de junio de 1985. En cambio, el estrato formal medio acusó más severamente (en términos relativos y absolutos) los efectos de la crisis, experimentando en febrero de 1988 una pérdida del ingreso familiar de aproximadamente 26% con respecto al monto inicial de junio de 1985. En términos del ingreso per cápita (véase nuevamente el cuadro 8), en todos los estratos, con excepción del informal bajo, se registró una baja de este indicador a lo largo del período de observación, aunque con algunas fluctuaciones. La caída no fue tan importante en los sectores formal bajo, formal medio bajo e informal medio, pero fue, una vez más, particularmente drástica en el estrato formal medio.

b) Estrategias para mejorar la eficacia de los recursos

De acuerdo con Cornia (1987, p. 123) estas estrategias "están destinadas a moderar el descenso de los niveles de consumo material y de bienestar familiar [...] a raíz de una disminución generalizada de recursos." Esta situación afecta de diversas formas a las unidades domésticas, según el nivel de vida anterior a la crisis y la etapa por la que atraviesa en el ciclo doméstico, que como se sabe influye en la estructura del consumo. Entre las numerosas estrategias que pueden ser agrupadas en este rubro, cabe distinguir los cambios en los hábitos de compra y en las pautas dietéticas, así como en los hábitos de preparación de los alimentos y en la distribución intrafamiliar de los mismos.

i) El gasto alimentario. Según datos del INCO (1989), entre 1980 y 1986 el costo de la canasta básica aumentó 15 veces y el ingreso mínimo legal incrementó sólo diez veces en el mismo período. Esta información indica que los hogares de bajos y medianos ingresos se vieron en la necesidad de emprender un intenso proceso de reestructuración del gasto. Existen indicios de que dicha reestructuración reveló muchas diferencias, tanto por estratos como por regiones. Las investigaciones sobre el tema han permitido comprobar que los sectores medios siguieron la estrategia de reducir sus niveles de consumo, aminorando o eliminando ciertos bienes y servicios de carácter prescindible. Entre los sectores de bajos ingresos la situación fue radicalmente distinta. En esos grupos pocos eran los gastos que podían ser reducidos sin afectar en forma drástica el bienestar familiar.

De acuerdo con Sergio de la Peña (1990), el consumo familiar fue defendido con cierto éxito en las entidades del norte, occidente y sureste de México, mientras que en el sur y en menor medida en el centro del país sufrió un grave deterioro. Según los datos que se desprenden de un estudio de seguimiento aplicado a familias de bajos ingresos en la ciudad de Guadalajara, la clase trabajadora logró proteger sus patrones de consumo. En los hogares de esa ciudad, el gasto dedicado a alimentación sólo sufrió un ligero descenso. Sin embargo, disminuyeron de manera alarmante los gastos en educación y salud (González de la Rocha y Escobar, 1989.) En cambio en la Ciudad de México disminuyó significativamente el gasto alimentario promedio por semana de los sectores de



ingresos bajos y medios. Los datos publicados por el INCO permiten señalar que los estratos formal bajo, formal medio bajo, formal medio e informal bajo registraron entre junio de 1985 y febrero de 1988 una disminución que, en términos reales, varió entre 22% y 29%, en tanto que el estrato informal medio experimentó un descenso de menor magnitud (-15%) durante el mismo período. (Véase el cuadro 9.)

La reducción del gasto alimentario promedio por semana en los hogares de bajos ingresos se vio acompañada por una menor participación de dicho gasto en el ingreso familiar. Esa proporción declinó de 68% a 46% entre junio de 1985 y febrero de 1988 en los hogares del estrato formal bajo, mientras que en las unidades pertenecientes a los estratos formal medio bajo y formal medio, la baja porcentual fue más moderada (de 48% a 40% y de 40% a 38%, respectivamente). Por su parte, en los hogares de tipo informal bajo e informal medio la participación del gasto alimentario cayó de 60% a 46% y de 45% a 38%, respectivamente.

Se advertirá que la proporción del ingreso familiar dedicada al gasto en alimentación fue mayor en los estratos de más bajos ingresos a lo largo de las seis etapas de la encuesta. Sin embargo, estos mismos estratos experimentaron la más drástica caída del gasto en alimentos, ello significó que una proporción cada vez mayor del ingreso familiar debió ser destinada a adquirir bienes y servicios no alimentarios. Es posible que ello se haya debido al hecho de que los gastos en cierto tipo de bienes y servicios son difíciles de reducir por ser relativamente poco flexibles. (INCO, 1989; de la Peña, 1990 y De Lara, 1990.) Se puede mencionar como ejemplo el gasto en transporte, vivienda y energía, cuyos precios aumentaron velozmente durante el período considerado. De esta manera, el renglón más flexible parece ser el de la alimentación, mientras ello no lleve a los miembros de la familia a los umbrales de la desnutrición. Esta elasticidad se manifiesta en la posibilidad de sustituir alimentos más caros por otros de menor precio.

ii) La reestructuración del gasto alimentario. Los resultados de la encuesta del INCO permiten confirmar que los diversos estratos tendieron a reestructurar sus patrones de consumo, procurando obtener lo más posible del gasto mediante la sustitución de productos caros por otros más baratos. Se advirtió, en particular, una disminución de la porción del gasto alimentario dedicado a la compra de productos de origen animal y un aumento de los de origen vegetal. (INCO, 1989 y De Lara, 1990.) La información publicada por el INCO permite señalar que la proporción destinada a la compra de productos de origen animal descendió en los hogares del estrato formal bajo de 50.2% a 44.6% entre junio de 1985 y febrero de 1987, recuperándose gradualmente a partir de esa fecha, para representar en febrero de 1988 cerca de 48.7% del gasto alimentario total. Una tendencia similar se observó en los hogares de los estratos formal medio bajo y formal medio; en junio de 1985, el gasto en alimentos de origen animal ascendió a 55.6% y 57.5%, mientras que en febrero de 1987 bajó a 48.4% y 52.7%, respectivamente; a partir de esa fecha su participación se incrementó gradualmente hasta alcanzar, respectivamente, a 53.1% y 56.8% en febrero de 1988. En los hogares que integran el estrato informal medio también tendió a disminuir el porcentaje destinado a la compra de productos de origen animal, aunque en menor medida que en los hogares pertenecientes a los estratos del sector formal. En cambio, los hogares del estrato informal bajo lograron incrementar esa proporción, aunque con algunos altibajos. Así, en junio de 1985 la parte destinada a la compra de productos de origen animal representó 46.5%, mientras que en febrero de 1988 ascendió a 50.9% del gasto total en alimentos.

El análisis detallado de la cantidad diaria per cápita de alimentos adquiridos por los hogares de bajos ingresos ha permitido mostrar que disminuyó la proporción de algunos bienes (como el pescado y los mariscos, la carne de res y los huevos de gallina) dentro de una canasta básica compuesta por 34 rubros, mientras que aumentó la de otros (como los cereales, la tortilla de maíz y la leche pasteurizada), aunque con algunos altibajos. (INCO, 1989 y De Lara, 1990.)

iii) Compra diaria per cápita de calorías y proteínas. Para evaluar los riesgos nutricionales derivados de la reducción del gasto alimentario y de la sustitución de productos de origen animal y vegetal durante el período de estudio, el INCO (1989) utilizó los índices diarios per cápita de proteínas y calorías adquiridas por los hogares, identificando una tendencia a la baja. Cabe señalar, sin embargo, que la disminución observada en cuanto al aporte calórico-proteico de los alimentos consumidos no fue de la misma magnitud que la correspondiente al gasto alimentario. (Véase el cuadro 9.) Así, mientras que en el estrato formal bajo este último disminuyó 22% (en pesos constantes de junio de 1985), en el período comprendido entre junio de 1985 y febrero de 1986, la adquisición de calorías diarias per cápita en ese mismo lapso se redujo sólo 8% y la de proteínas 7%. En los estratos formal medio bajo y formal medio, la disminución del gasto en alimentos alcanzó; respectivamente, a 27% y 28%, mientras que la adquisición de calorías disminuyó 4% y 5% y la de proteínas declinó 3% y 6%. Algo similar se observó en los estratos informal bajo e informal medio; el gasto alimentario disminuyó 29% y 15%, mientras que la adquisición de proteínas se mantuvo casi constante y la de calorías diarias per cápita cayó 5% en el primer estrato y se incrementó ligeramente en el segundo (2%).

c) Estrategias que afectan el tamaño y la estructura familiar

Este tipo de estrategias permite cambiar el tamaño, la composición y la estructura del hogar para "aumentar su potencial de ingresos o modificar la relación entre necesidades y recursos". (Cornia, 1987; p. 126.) El tamaño de la unidad nuclear va cambiando gradualmente a medida que transcurren las distintas etapas de su ciclo de desarrollo. Sin embargo, como señalan González de la Rocha y Escobar (1989; p. 715), los hogares también tienen "un cierto poder de manipulación del ciclo doméstico". Estos pueden disminuir de tamaño y, en consecuencia, reducir el gasto familiar, enviando temporalmente a uno o más de los hijos menores a hogares de parientes acomodados, o bien a sus hijos jóvenes a obtener ingresos en otros mercados laborales (por ejemplo, en otras ciudades del país o en los Estados Unidos). Sin embargo, las unidades domésticas también tienen la posibilidad de incorporar nuevos miembros para compartir los gastos cotidianos y/o incrementar el número de perceptores de ingresos. Asimismo, los hogares pueden aumentar la presión sobre los jóvenes que están en condiciones de aportar ingresos para que permanezcan mayor tiempo en la unidad familiar, tratando de retrasar el matrimonio de éstos o bien consiguiendo que las parejas recién casadas, en lugar de formar hogares independientes, se integren a las unidades domésticas de origen. (González de la Rocha y Escobar, 1989.)

Algunas investigaciones sobre las áreas urbanas de México han registrado cambios importantes en cuanto a tamaño, composición y estructura del hogar durante la crisis. El estudio, ya citado de seguimiento de unidades domésticas realizado entre 1982 y 1985 en la ciudad de Guadalajara permitió detectar un aumento de tamaño de los hogares. Ello se originó al llegar parientes —principalmente adultos— que se incorporaron en calidad de miembros capaces de generar ingresos adicionales o con la misión de cooperar, mediante su trabajo, en las tareas domésticas igualmente necesarias para la reproducción de los hogares. En ese período, los hogares se hicieron más complejos; en 1982, 80% de los hogares eran nucleares y 18.9% eran extensos a compuestos. En 1985 las unidades nucleares

disminuyeron a 74.7% y el segundo grupo ascendió a 24.2%. (González de la Rocha y Escobar, 1989.) Chant (1988) y Selby y otros, (1990) observaron un fenómeno semejante en las ciudades de Querétaro y Oaxaca, respectivamente.

En la Ciudad de México, la encuesta del INCO reveló que el tamaño promedio pasó de 5.8 a 6.2 personas por hogar entre junio de 1985 y febrero de 1988. En ese mismo lapso, los hogares de los estratos formal medio bajo e informal medio mantuvieron más o menos constante el tamaño promedio del hogar, mientras que en los estratos formal bajo, formal medio e informal bajo hubo un incremento muy significativo. En esos estratos, el aumento del tamaño promedio de los hogares ocurrió de manera concomitante con un incremento del número medio de personas de 15 a 44 y/o de 45 a 64 años de edad, lo que parece indicar un mayor grado de complejidad en la estructura de esos hogares. (Véase el cuadro 10.) Ello se vio confirmado por el incremento registrado en la proporción de unidades extensas con respecto al total. En la primera etapa de la encuesta del INCO, este tipo de hogares representó tan sólo 17.8% de los hogares encuestados en el área metropolitana de la Ciudad de México; sin embargo, en la segunda etapa, se incrementó a 27.4%, en la tercera a 30.9%, en la cuarta a 32.7% y en la quinta a 34.6%, para finalmente estabilizarse en 33.3% en la última etapa.

i) El ciclo doméstico. La naturaleza de las estrategias de vida está condicionada por el tamaño del hogar y la composición por edad y sexo de sus integrantes, lo que a su vez depende de la etapa del ciclo de desarrollo por que atraviesa la familia. En investigaciones realizadas en diversos contextos del país (García, Muñoz y De Oliveira, 1982, 1983; González de la Rocha, 1986; Margulis y Tuirán, 1986; Selby y otros, 1990, y González de la Rocha y Escobar, 1989) se ha podido apreciar que el ciclo doméstico ejerce una influencia determinante en el bienestar familiar.

a. Los hogares nucleares. La encuesta del INCO permite señalar que los hogares que se encontraban en las etapas iniciales y las más avanzadas del ciclo doméstico mostraron un mayor grado de deterioro del ingreso familiar durante el período de observación. (Véase el cuadro 11.) Así, por ejemplo, los hogares nucleares con hijos menores de seis años lograron mantener, con algunos altibajos, su ingreso familiar hasta agosto de 1987; sin embargo, estas unidades experimentaron una caída significativa de los ingresos en la última etapa de la encuesta (-27%), con respecto al monto observado en junio de 1985. De la misma forma, las unidades nucleares con al menos un hijo de entre 6 y 12 años observaron casi de manera uniforme, a lo largo de todo el período de observación, una reducción del ingreso familiar de entre 7% y 13%. En ambos casos, el número promedio de perceptores de ingresos por hogar aumentó sólo ligeramente. Los hogares nucleares con al menos un hijo entre 13 y 18 años fueron los únicos en que aumentaron los ingresos reales durante el período. En un contexto de salarios bajos y decrecientes, los jefes de esos hogares vieron incrementados sus ingresos reales (principalmente mediante una segunda ocupación), lo que, aunado a la creciente contribución económica realizada por sus esposas, se tradujo en una relación más favorable entre consumidores y productores de ingresos del hogar. Finalmente, el ingreso familiar de las unidades con hijos mayores de 18 años (que suele reunir a la mayor proporción de hogares pequeños) descendió gradualmente entre junio de 1985 y febrero de 1988, a pesar del importante aporte de los hijos. Al final del período, el ingreso familiar de los hogares situados en esta etapa del ciclo ya había descendido en alrededor de 26 puntos porcentuales. Los jefes de estos hogares fueron relegados a los peores empleos, recibiendo los salarios y remuneraciones más bajas, merced a la selección negativa que opera en el mercado laboral según la edad.

b. Los hogares extensos. Algunos autores han señalado que la familia extensa ofrece mayor seguridad a sus integrantes; su éxito depende de la capacidad de los hogares para incorporar al mayor número de miembros a las actividades remuneradas y, de esta manera, incidir en la relación entre consumidores y productores de ingresos. Los resultados de la encuesta del INCO indican que las unidades extensas experimentaron una caída significativa del ingreso real de los jefes de hogar (véase nuevamente el cuadro 11), la que fue parcialmente compensada por el aporte de otros miembros. Los hogares extensos cuyo núcleo central contaba con hijos menores de 13 años observaron un descenso inicial muy significativo del ingreso del jefe y del ingreso familiar, para después iniciar una lenta recuperación. Sin embargo, sólo en febrero de 1988 lograron recuperar el ingreso real de junio de 1985. Las unidades extensas cuyo núcleo central contaba con hijos mayores de 12 años lograron defender en mejor forma el ingreso familiar durante casi todo el período de observación; sin embargo, en febrero de 1988 se registró una baja significativa de dichos ingresos.

ii) Relación entre consumidores y perceptores de ingresos. La incorporación de un número creciente de miembros de los hogares más pobres a la actividad remunerada se tradujo en una relación más favorable entre consumidores y perceptores de ingresos (índice  $C_i/P_i$ ), no obstante el aumento observado en el tamaño medio de esas unidades. En el cuadro 12, puede apreciarse que los hogares de los estratos formal bajo, formal medio bajo e informal bajo presentaron en la primera etapa de la encuesta del INCO el índice  $C_i/P_i$  más elevado, es decir, un número mayor de consumidores por cada perceptor. Sin embargo, en las cinco etapas siguientes se observó una tendencia decreciente en el valor de ese mismo indicador y, por tanto, una relación más favorable. Así, por ejemplo, en junio de 1985 los hogares del estrato informal bajo registraron, en promedio, 4.5 consumidores a cargo de un solo productor de ingresos. Esta misma relación disminuyó en febrero de 1988 a 3.8 consumidores. El índice  $C_i/P_i$  evolucionó de manera semejante en los hogares de los estratos formal bajo y formal medio-bajo, descendiendo de 4.5 a 3.7 en el primer caso y de 4.3 a 3.3 en el segundo.

Los hogares pertenecientes a los sectores medios la situación fue diferente. En la fecha de la primera etapa de la encuesta del INCO (junio de 1985), éstos tenían el índice  $C_i/P_i$  más favorable. Sin embargo, al final del período de observación (febrero de 1988), registraron los valores más altos y, en consecuencia, observaron una relación más desfavorable entre el número de consumidores y productores de ingresos. Se advertirá que el estrato formal medio experimentó un ligero incremento en el valor del índice  $C_i/P_i$ , al pasar —entre junio de 1985 y febrero de 1988— de 3.5 a 3.7 consumidores por cada productor. El valor de ese mismo indicador, por su parte, en el estrato informal medio registró hasta febrero de 1987 una tendencia decreciente, pero a partir de esa fecha la tendencia señalada se revirtió; de hecho, en febrero de 1988 el índice  $C_i/P_i$  alcanzó un valor muy cercano al de junio de 1985.

### III. CONCLUSIONES

La irrupción de la crisis económica y la consiguiente aplicación de las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural adoptadas por el Gobierno de México a fin de paliar sus efectos, dieron lugar durante el decenio de 1980 a un marcado deterioro del componente social del gasto público (educación, salud, seguridad social) y a una drástica reducción del poder adquisitivo del ingreso de los trabajadores. Diversos analistas han señalado que los costos de la crisis y el ajuste se distribuyeron en forma desigual, recayendo la carga en los grupos más pobres y en las capas medias de la sociedad mexicana. (Lustig, 1986, 1987, 1990, 1991; Hernández-Laos, 1991, 1992; Samaniego, 1990a; De Lara, 1990, y Cortés y Rubalcava, 1992.)

En un contexto de profundo deterioro económico, los ingresos reales de los jefes de hogar resultaron cada vez más insuficientes para solventar las necesidades de consumo de sus familias. Ello provocó cambios profundos en la organización y actividades cotidianas de los hogares. Así, por ejemplo, las unidades domésticas trataron de amortiguar o, en el mejor de los casos, contrarrestar la caída de los ingresos familiares mediante la inserción de un mayor número de miembros (principalmente mujeres) en ocupaciones de autogestión, o bien —aunque en menor medida— en empleos asalariados. Los hogares que no pudieron o no quisieron optar por esta solución experimentaron en forma más aguda el deterioro de sus niveles de bienestar. Diversos estudios coinciden en señalar que el incremento del número promedio de trabajadores por hogar fue más marcado entre las familias de escasos recursos. Este fenómeno estuvo vinculado —en lugares como la Ciudad de México— con el aumento del tamaño promedio de las unidades domésticas, que se transformaron en familias extendidas, al incorporar a parientes en calidad de miembros capaces de generar ingresos adicionales, y utilizar en forma más eficiente la fuerza de trabajo disponible en los hogares de esos estratos. La reducción de los ingresos familiares obligó a las unidades domésticas a reestructurar sus patrones de consumo y a modificar sus hábitos de compra. En los sectores medios, la racionalización del gasto implicó la eliminación de algunos bienes y servicios de carácter prescindible. Artículos no básicos, tales como mobiliario y equipos electrodomésticos, productos personales, regalos, comidas en restaurantes, etc., fueron los primeros en ser eliminados. Conforme la situación de deterioro económico continuaba agudizándose, empezaron a registrarse reducciones en artículos básicos. Asimismo, algunos bienes tradicionalmente adquiridos en el mercado comenzaron a ser sustituidos por otros de manufactura doméstica.

En los sectores de bajos ingresos la situación fue aún más apremiante, como consecuencia de la drástica reducción del gasto alimentario. Estos estratos se vieron obligados a consumir proteínas y calorías más baratas, principalmente sustituyendo algunos alimentos de origen animal por otros de origen vegetal. Los resultados de la encuesta del INCO indican que, a lo largo del período de observación, los cambios en la cantidad y composición de los bienes per cápita adquiridos por los hogares de bajos ingresos significaron una reducción promedio del aporte calórico-proteico de los alimentos consumidos; sin embargo, esta disminución no fue tan aguda como la caída del gasto alimentario. De cualquier forma, la crisis y el ajuste económico contribuyeron a empeorar la situación nutricional de la población situada por debajo o cerca del nivel de pobreza absoluta, dejando como saldo dietas aún más insuficientes y desequilibradas que las que consumían esos sectores antes de la crisis.

Cabe preguntarse cuáles son o han sido los efectos para la vida familiar derivados del aumento del trabajo necesario para adquirir una cantidad igual o acaso menor de satisfactores esenciales. Aunque no se cuenta con datos suficientemente válidos y confiables para responder con certeza este

tipo de interrogantes, las características de los nuevos perceptores de ingresos —menores y adolescentes, mujeres casadas con hijos en edad preescolar, etc.— permiten deducir algunos posibles efectos perniciosos. Por ejemplo, el ingreso prematuro de menores y adolescentes a la actividad económica afecta su asistencia a la escuela y con frecuencia los obliga a abandonarla. (Padua, 1990.) A su vez, la incorporación de mujeres al mercado de trabajo formal o informal —sobre todo si no existen opciones alternativas para el cuidado de los niños, de carácter institucional o familiar— reduce la atención que debe prestarse a los hijos, lo cual puede tener graves consecuencias para la salud y el desarrollo de los menores. (Al respecto, véanse entre otros, Trimberger y MacLean, 1982; Leslie, 1988; Gross y otros, 1987, Fletcher, Grantham y Powell, 1988.) La urgencia de obtener ingresos suplementarios para mantener el hogar ha significado también una sobrecarga laboral para las mujeres. Muchas de ellas han debido combinar con frecuencia el tiempo dedicado al trabajo doméstico con modalidades diversas de participación en labores remuneradas. Conviene señalar que las cifras presentadas en este documento —por el hecho de ser promedios— no permiten evaluar una diversidad de situaciones. Para aquellos hogares que han experimentado por meses y años un grave descenso en sus niveles de bienestar, los daños pueden ser irreversibles. Como han señalado De Barbieri y De Oliveira (1989, p. 26), "la intensificación del trabajo de hombres y mujeres tiene límites físicos y psicológicos; la diversificación de las actividades de los miembros de la familia encuentra obstáculos en las restricciones del mercado de trabajo; las posibilidades de prestación de servicios remunerados escasean cuando los sectores medios reducen sus patrones de consumo; la contracción de los gastos de consumo tiene límites biológicos que sobrepasados llevan a enfermedades infecciosas, desnutrición, depresión, quiebres psíquicos". Por ello, es probable que muchos de los costos sociales derivados de la crisis y el ajuste se sigan pagando en el futuro.

CUADROS

Cuadro 1  
**MEXICO: INDICE DE UTILIZACION DE LA FUERZA DE TRABAJO  
 DISPONIBLE EN EL HOGAR, POR SEXO Y EDAD, 1982-1987<sup>a</sup>**

	Grupos de edades											
	8-11		12-14		15-17		18-44		45-64		65 y más	
	1982	1987	1982	1987	1982	1987	1982	1987	1982	1987	1982	1987
<b>Nacional</b>												
Fuerza de trabajo femenina												
Sin utilizar	99.0	96.8	95.3	89.8	81.6	77.8	68.6	57.9	79.8	69.5	89.9	84.7
Uso parcial	0.1	0.4	1.1	1.0	3.0	2.6	9.9	10.0	0.8	1.5	0.9	0.7
Uso total	0.9	2.8	3.5	9.2	15.4	19.6	21.5	32.1	19.4	29.0	9.2	14.6
Fuerza de trabajo masculina												
Sin utilizar	97.5	92.1	88.1	78.5	65.2	56.9	7.0	5.0	8.2	8.1	41.5	36.7
Uso parcial	0.6	1.6	1.3	2.9	3.5	2.5	6.5	5.8	0.3	0.3	0.3	20.1
Uso total	1.9	6.3	10.6	18.6	31.6	40.6	86.5	89.2	92.5	91.6	58.2	43.1
<b>Rural</b>												
Fuerza de trabajo femenina												
Sin utilizar	98.6	95.0	95.0	85.7	81.6	73.6	75.3	67.2	84.9	73.3	91.5	80.9
Uso parcial	0.2	0.6	1.4	1.3	3.3	2.4	8.5	6.8	0.5	0.7	0.3	0.3
Uso total	1.2	4.4	3.7	13.0	15.1	24.0	16.2	26.0	14.6	26.0	8.2	18.8
Fuerza de trabajo masculina												
Sin utilizar	96.6	89.3	84.7	69.2	57.6	40.0	6.2	3.4	7.0	3.9	37.9	28.7
Uso parcial	0.8	0.8	1.5	4.5	3.1	2.8	4.8	3.8	0.3	0.0	0.3	23.5
Uso total	2.6	9.9	13.8	26.3	39.3	57.2	89.0	92.8	92.7	96.1	61.8	47.6
<b>Urbano</b>												
Fuerza de trabajo femenina												
Sin utilizar	99.6	98.3	95.2	91.2	81.8	77.1	64.1	51.5	75.4	69.3	88.8	87.7
Uso parcial	0.1	0.2	1.4	1.3	2.6	3.2	11.0	11.6	1.2	1.7	0.9	1.2
Uso total	0.3	1.5	3.4	7.6	15.6	19.7	24.9	36.9	23.4	29.0	10.3	11.2
Fuerza de trabajo masculina												
Sin utilizar	98.3	94.8	90.9	86.9	72.3	68.0	8.1	5.7	7.8	10.2	49.4	50.2
Uso parcial	0.3	0.9	1.1	1.3	3.8	3.2	8.5	8.4	0.3	0.5	0.3	16.1
Uso total	1.4	4.3	8.0	11.8	23.8	28.8	83.4	86.9	91.9	89.3	50.4	33.7
<b>Metropolitana</b>												
Fuerza de trabajo femenina												
Sin utilizar	99.3	99.7	96.4	97.6	81.6	87.7	59.0	50.2	74.1	64.0	87.4	89.5
Uso parcial	0.2	0.0	0.4	0.2	3.0	2.2	11.7	13.4	1.0	2.5	2.3	1.1
Uso total	0.5	0.3	3.2	2.2	15.4	10.0	29.3	36.4	24.8	33.5	10.3	9.4
Fuerza de trabajo masculina												
Sin utilizar	99.7	95.7	95.3	91.3	77.5	75.8	7.8	6.6	11.0	13.8	42.7	41.1
Uso parcial	0.2	3.6	1.3	0.8	2.9	1.5	8.1	7.5	0.3	0.7	0.4	16.4
Uso total	0.3	0.7	3.4	7.9	19.6	22.7	84.1	85.9	88.7	85.5	56.9	42.5

Fuente: END, 1982 y ENFES, 1987.

<sup>a</sup> Total nacional, rural, urbano y metropolitano.



Cuadro 2  
MEXICO: NUMERO MEDIO DE PERCEPTORES DE  
INGRESOS POR HOGAR, 1985-1988<sup>a</sup>

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Ambos sexos</b>						
Formal bajo	1.26	1.36	1.55	1.65	1.73	1.76
Formal medio bajo	1.63	1.88	1.84	1.91	1.97	2.06
Formal medio	1.93	2.02	2.21	2.17	2.05	1.97
Informal bajo	1.47	1.53	1.88	1.82	1.83	1.97
Informal medio	1.86	2.04	2.29	2.29	2.23	1.93
<b>Total AMCM</b>	<b>1.60</b>	<b>1.73</b>	<b>1.91</b>	<b>1.95</b>	<b>1.95</b>	<b>1.93</b>
<b>Hombres</b>						
Formal bajo	1.05	1.01	1.03	1.04	1.10	1.16
Formal medio bajo	1.30	1.42	1.32	1.29	1.43	1.37
Formal medio	1.34	1.40	1.41	1.34	1.39	1.37
Informal bajo	1.02	1.08	1.25	1.02	1.09	1.10
Informal medio	1.24	1.43	1.47	1.53	1.49	1.21
<b>Total AMCM</b>	<b>1.17</b>	<b>1.24</b>	<b>1.27</b>	<b>1.22</b>	<b>1.28</b>	<b>1.23</b>
<b>Mujeres</b>						
Formal bajo	0.21	0.35	0.52	0.61	0.63	0.60
Formal medio bajo	0.33	0.46	0.52	0.62	0.54	0.69
Formal medio	0.59	0.62	0.80	0.83	0.66	0.60
Informal bajo	0.45	0.45	0.63	0.80	0.74	0.87
Informal medio	0.62	0.61	0.82	0.76	0.76	0.72
<b>Total AMCM</b>	<b>0.43</b>	<b>0.49</b>	<b>0.64</b>	<b>0.73</b>	<b>0.67</b>	<b>0.70</b>

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca el área metropolitana de la Ciudad de México (AMCM).

Cuadro 3  
MEXICO: NUMERO MEDIO DE PERCEPTORES DE INGRESOS  
SEGUN ESTRATO Y TIPO DE OCUPACION, 1985-1988

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Ocupación fija</b>						
Formal bajo	1.03	0.93	0.95	1.02	0.98	0.90
Formal medio bajo	1.16	1.25	1.36	1.26	1.23	1.22
Formal medio	1.41	1.52	1.51	1.54	1.44	1.37
Informal bajo	0.58	0.44	0.73	0.67	0.69	0.54
Informal medio	0.70	0.78	0.74	1.29	1.35	1.24
<b>Total AMCM</b>	<b>0.96</b>	<b>0.96</b>	<b>1.04</b>	<b>1.13</b>	<b>1.12</b>	<b>1.01</b>
<b>Ocupación no fija</b>						
Formal bajo	0.23	0.42	0.57	0.58	0.73	0.81
Formal medio bajo	0.42	0.54	0.36	0.46	0.54	0.66
Formal medio	0.43	0.44	0.56	0.49	0.53	0.53
Informal bajo	0.85	1.10	1.12	1.13	1.12	1.38
Informal medio	1.16	1.24	1.50	0.92	0.86	0.69
<b>Total AMCM</b>	<b>0.60</b>	<b>0.73</b>	<b>0.80</b>	<b>0.72</b>	<b>0.77</b>	<b>0.84</b>

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO), primer panel.

Cuadro 4  
**MEXICO: NUMERO PROMEDIO DE PERCEPTORES DE INGRESOS SEGUN  
 HOGAR Y SEXO, TIPO DE OCUPACION Y ESTRATO, 1985-1988<sup>a</sup>**

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Formal bajo</b>						
<b>Perceptores mujeres</b>						
En ocupación fija	0.09	0.12	0.12	0.21	0.21	0.19
En ocupación no fija	0.12	0.23	0.40	0.37	0.44	0.40
<b>Perceptores hombres</b>						
En ocupación fija	0.94	0.81	0.83	0.81	0.77	0.71
En ocupación no fija	0.12	0.19	0.17	0.21	0.29	0.40
<b>Formal medio bajo</b>						
<b>Perceptores mujeres</b>						
En ocupación fija	0.16	0.15	0.27	0.26	0.26	0.34
En ocupación no fija	0.16	0.29	0.23	0.34	0.26	0.31
<b>Perceptores hombres</b>						
En ocupación fija	1.00	1.10	1.09	1.00	0.97	0.88
En ocupación no fija	0.26	0.25	0.14	0.11	0.29	0.34
<b>Formal medio</b>						
<b>Perceptores mujeres</b>						
En ocupación fija	0.39	0.36	0.46	0.56	0.44	0.47
En ocupación no fija	0.10	0.26	0.29	0.24	0.19	0.10
<b>Perceptores hombres</b>						
En ocupación fija	1.02	1.16	1.05	0.98	1.00	0.90
En ocupación no fija	0.25	0.10	0.27	0.24	0.33	0.43
<b>Informal bajo</b>						
<b>Perceptores mujeres</b>						
En ocupación fija	0.17	0.16	0.19	0.20	0.24	0.21
En ocupación no fija	0.26	0.31	0.42	0.60	0.50	0.64
<b>Perceptores hombres</b>						
En ocupación fija	0.42	0.27	0.54	0.47	0.45	0.33
En ocupación no fija	0.58	0.79	0.69	0.53	0.62	0.74
<b>Informal medio</b>						
<b>Perceptores mujeres</b>						
En ocupación fija	0.28	0.28	0.26	0.42	0.41	0.52
En ocupación no fija	0.34	0.33	0.55	0.26	0.32	0.21
<b>Perceptores hombres</b>						
En ocupación fija	0.42	0.50	0.47	0.87	0.95	0.72
En ocupación no fija	0.82	0.91	0.95	0.66	0.54	0.48

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca los hogares de bajos ingresos de la Ciudad de México.

Cuadro 5  
**MEXICO: INDICE DE UTILIZACION DE LA FUERZA DE TRABAJO  
 DISPONIBLE EN EL HOGAR, SEGUN SEXO Y ESTRATO, 1985-1988<sup>a</sup>**

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Formal bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	78.1	67.6	52.5	51.9	52.1	52.4
Uso parcial	7.8	8.9	15.3	11.6	14.6	19.6
Uso total	14.1	23.5	32.2	36.5	33.3	28.6
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	0.0	3.1	1.8	6.1	8.7	2.4
Uso parcial	4.6	1.6	3.6	6.1	2.2	7.3
Uso total	95.4	95.3	94.6	87.8	89.1	90.3
<b>Formal medio bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	76.2	62.7	56.8	45.7	48.6	40.6
Uso parcial	14.3	13.8	18.2	20.0	20.7	21.9
Uso total	9.5	23.5	25.0	34.3	30.7	37.5
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	0.0	3.1	1.8	6.1	8.7	2.4
Uso parcial	4.6	1.6	3.6	6.1	2.2	7.3
Uso total	95.4	95.3	94.6	87.8	89.1	90.3
<b>Formal medio</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	56.8	52.0	46.3	46.3	52.8	56.7
Uso parcial	25.1	32.0	31.7	29.2	22.2	19.9
Uso total	18.1	16.0	22.0	24.5	25.0	23.4
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	2.3	4.1	7.3	7.7	13.9	10.0
Uso parcial	19.2	20.4	17.1	18.0	13.9	10.0
Uso total	79.1	75.5	75.6	74.3	72.2	80.0
<b>Informal bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	62.3	60.7	51.0	44.4	42.9	30.8
Uso parcial	16.9	19.6	21.5	17.8	16.6	23.0
Uso total	20.8	19.7	27.5	37.8	40.5	42.2
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	4.3	1.8	4.3	5.0	2.7	8.8
Uso parcial	10.6	12.5	10.6	10.0	16.2	14.8
Uso total	85.1	85.7	85.1	85.0	81.1	76.4
<b>Informal medio</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	54.0	54.3	44.7	40.6	41.7	41.4
Uso parcial	14.0	19.6	18.5	27.0	24.9	31.0
Uso total	32.0	26.1	36.8	32.4	33.4	27.6
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	2.2	0.0	2.7	5.4	5.6	7.1
Uso parcial	8.9	13.9	10.8	2.7	5.5	14.4
Uso total	88.9	86.1	86.5	91.9	88.9	78.5

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca la fuerza de trabajo de 19 años y más, en los hogares de estratos bajos de la Ciudad de México.

Cuadro 6  
**MEXICO: INDICE DE UTILIZACION DE LA FUERZA DE TRABAJO EN  
 OCUPACIONES FIJAS, SEGUN SEXO Y ESTRATO, 1985-1988<sup>a</sup>**

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Formal bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	91.2	88.5	88.3	80.8	79.2	83.3
Uso parcial	8.8	10.1	10.0	13.4	20.8	14.3
Uso total	0.0	1.4	1.7	5.8	0.0	2.4
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	11.8	13.5	11.4	22.9	17.1	25.0
Uso parcial	16.2	30.7	40.9	40.0	37.2	42.7
Uso total	72.0	55.8	47.7	37.1	45.7	33.3
<b>Formal medio bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	86.0	86.5	75.0	74.2	74.2	65.6
Uso parcial	11.1	13.5	25.0	29.9	22.9	28.2
Uso total	2.3	0.0	0.0	2.9	2.9	6.2
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	11.6	13.5	11.4	22.9	17.1	25.0
Uso parcial	41.9	30.7	40.9	40.0	37.2	43.7
Uso total	46.5	55.8	47.7	37.1	45.7	33.3
<b>Formal medio</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	65.9	70.0	63.4	58.5	63.9	63.3
Uso parcial	31.8	24.0	29.3	34.2	27.8	33.3
Uso total	2.3	6.0	7.3	7.3	8.3	3.3
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	15.9	12.0	12.2	20.5	22.2	26.7
Uso parcial	34.1	46.0	51.2	48.7	55.5	50.0
Uso total	50.0	42.0	36.6	30.8	22.3	23.3
<b>Informal bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	84.9	87.1	82.7	84.4	81.0	82.1
Uso parcial	11.3	11.3	13.5	15.7	19.0	15.3
Uso total	3.8	1.6	3.8	0.0	0.0	2.6
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	60.0	75.4	52.9	56.8	57.5	73.0
Uso parcial	24.0	11.6	23.8	17.9	22.5	16.2
Uso total	16.0	13.1	23.3	27.3	20.0	10.8
<b>Informal medio</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	74.0	71.7	73.7	63.2	62.2	55.2
Uso parcial	18.0	23.9	23.7	34.2	35.1	37.9
Uso total	8.0	4.4	2.6	2.6	2.7	6.9
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	64.6	68.2	59.5	43.3	44.4	46.4
Uso parcial	16.7	20.4	16.2	25.3	13.9	32.2
Uso total	18.7	11.4	24.3	32.4	41.7	21.4

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca los hogares de bajos ingresos de la Ciudad de México.

Cuadro 7  
**MEXICO: INDICE DE UTILIZACION DE LA FUERZA DE TRABAJO EN  
 OCUPACIONES NO FIJAS, SEGUN SEXO Y ESTRATO, 1985-1988<sup>a</sup>**

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Formal bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	88.2	78.3	61.7	65.4	58.3	61.9
Uso parcial	5.9	11.5	18.3	19.2	25.0	23.8
Uso total	5.9	10.2	20.0	15.4	16.7	14.3
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	88.2	85.1	82.5	84.0	83.0	69.0
Uso parcial	4.4	5.9	12.3	12.0	8.5	11.9
Uso total	7.4	9.0	5.2	4.0	8.5	19.1
<b>Formal medio bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	83.7	73.1	79.5	71.4	74.3	71.9
Uso parcial	11.6	15.4	13.7	22.9	20.0	18.7
Uso total	4.7	11.5	6.8	5.7	5.7	9.4
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	76.7	76.9	88.6	88.6	77.3	75.1
Uso parcial	21.0	21.2	9.1	8.5	17.0	18.5
Uso total	2.3	1.9	2.3	2.9	5.7	6.4
<b>Formal medio</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	84.1	78.0	80.5	78.1	80.6	90.0
Uso parcial	13.7	18.0	12.2	19.5	13.8	3.3
Uso total	2.2	4.0	7.3	2.4	5.6	6.7
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	79.5	84.0	82.9	79.5	72.1	66.6
Uso parcial	11.4	10.0	14.7	15.4	22.3	26.7
Uso total	9.1	6.0	2.4	5.1	5.6	6.7
<b>Informal bajo</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	77.4	69.4	61.6	51.1	54.8	43.6
Uso parcial	13.2	17.7	26.9	33.3	31.0	35.9
Uso total	9.4	12.9	11.5	15.6	14.2	20.5
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	40.0	27.6	43.1	50.0	45.0	35.1
Uso parcial	18.0	24.9	23.6	25.0	27.5	26.8
Uso total	42.0	47.5	33.3	25.0	27.5	37.8
<b>Informal medio</b>						
Fuerza de trabajo femenina						
Sin utilizar	70.0	69.6	52.6	73.6	75.7	82.8
Uso parcial	18.0	19.5	31.5	10.6	13.5	10.3
Uso total	12.0	10.9	15.9	15.8	10.8	6.9
Fuerza de trabajo masculina						
Sin utilizar	33.3	25.0	32.5	43.3	52.8	50.0
Uso parcial	27.1	25.0	29.7	24.3	19.4	17.9
Uso total	39.6	50.0	37.8	32.4	27.8	32.1

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca los hogares de bajos ingresos de la Ciudad de México.

Cuadro 8  
**MEXICO: CAMBIOS EN EL INGRESO REAL DEL JEFE DEL HOGAR Y DE LA  
 UNIDAD DOMESTICA E INGRESOS PER CAPITA SEGUN ESTRATO, 1985-1988<sup>a</sup>**  
 (Junio de 1985 = 100)

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Formal bajo</b>						
Ingreso del jefe	100	103	87	95	90	95
Ingreso familiar	100	102	92	106	102	112
Ingreso per cápita	100	96	87	97	93	94
<b>Formal medio bajo</b>						
Ingreso del jefe	100	109	88	90	83	84
Ingreso familiar	100	112	90	102	96	98
Ingreso per cápita	100	123	89	105	100	99
<b>Formal medio</b>						
Ingreso del jefe	100	92	80	70	70	67
Ingreso familiar	100	109	86	84	75	74
Ingreso per cápita	100	96	79	79	72	72
<b>Informal bajo</b>						
Ingreso del jefe	100	106	112	100	104	104
Ingreso familiar	100	115	128	126	128	119
Ingreso per cápita	100	115	113	118	113	109
<b>Informal medio</b>						
Ingreso del jefe	100	95	96	93	83	80
Ingreso familiar	100	106	102	114	100	97
Ingreso per cápita	100	116	103	120	100	93
<b>Total AMCM</b>						
Ingreso del jefe	100	99	88	83	79	84
Ingreso familiar	100	105	100	108	101	97
Ingreso per cápita	100	107	91	101	92	90

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca los hogares de bajos ingresos de la Ciudad de México.

Cuadro 9  
**MEXICO: CAMBIOS EN EL GASTO ALIMENTARIO  
 PROMEDIO SEMANAL, 1985-1988<sup>a</sup>**

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Evolución del gasto alimentario promedio por semana (Junio de 1985=100)</b>						
Formal bajo	100	91	87	78	74	78
Formal medio bajo	100	89	86	80	78	73
Formal medio	100	90	82	78	75	72
Informal bajo	100	83	81	76	84	71
Informal medio	100	98	92	86	86	85
<b>Participación del gasto alimentario respecto al ingreso familiar</b>						
Formal bajo	68.0	60.6	55.3	51.4	48.4	46.2
Formal medio bajo	47.7	37.6	45.3	41.5	43.8	39.8
Formal medio	40.4	33.0	37.4	34.7	37.4	37.6
Informal bajo	60.3	49.8	48.5	42.3	49.1	45.9
Informal medio	45.7	39.8	39.2	36.6	40.4	38.4
<b>Evolución de la compra per cápita de calorías (Junio de 1985=100)</b>						
Formal bajo	100	94	98	95	92	92
Formal medio bajo	100	101	108	98	106	96
Formal medio	100	97	93	94	84	95
Informal bajo	100	101	94	96	104	95
Informal medio	100	101	99	99	102	102
<b>Evolución de la compra per cápita de proteínas (Junio de 1985=100)</b>						
Formal bajo	100	101	101	95	91	93
Formal medio bajo	100	103	106	106	97	97
Formal medio	100	92	92	92	84	94
Informal bajo	100	104	98	98	105	98
Informal medio	100	104	103	100	98	100

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO), primer panel.

<sup>a</sup> Comprende la incidencia de estos cambios en el ingreso familiar, como asimismo, la evolución de la adquisición diaria per cápita de calorías y proteínas.

Cuadro 10  
**MEXICO: TAMAÑO PROMEDIO DEL HOGAR Y SU DISTRIBUCION  
 SEGUN GRUPOS DE EDADES, Y ESTRATOS, 1985-1988**

Estrato y grupos de edades	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Formal bajo</b>						
0-14	2.50	2.62	2.57	2.51	2.42	2.41
15-44	2.34	2.42	2.58	2.70	2.77	2.76
45-64	0.34	0.36	0.37	0.38	0.46	0.45
65 y más	0.04	0.03	0.07	0.08	0.08	0.09
Tamaño promedio	5.22	5.43	5.58	5.67	5.73	5.71
<b>Formal medio bajo</b>						
0-14	2.37	2.29	2.34	2.37	2.29	2.19
15-44	3.16	3.11	3.20	3.06	2.89	3.08
45-64	0.63	0.54	0.57	0.60	0.63	0.69
65 y más	0.05	0.12	0.11	0.17	0.20	0.22
Tamaño promedio	6.21	6.06	6.22	6.10	6.01	6.16
<b>Formal medio</b>						
0-14	1.64	1.82	1.80	1.90	1.67	1.60
15-44	2.91	3.26	3.41	3.43	3.72	3.77
45-64	0.95	0.86	0.83	0.68	0.64	0.57
65 y más	0.11	0.24	0.27	0.29	0.31	0.30
Tamaño promedio	5.61	6.18	6.31	6.30	6.34	6.24
<b>Informal bajo</b>						
0-14	2.91	2.82	3.10	3.00	2.90	2.97
15-44	2.64	2.71	2.72	2.87	2.92	2.97
45-64	0.49	0.56	0.69	0.69	0.64	0.66
65 y más	0.04	0.05	0.04	0.04	0.05	0.05
Tamaño promedio	6.08	6.14	6.85	6.60	6.51	6.65
<b>Informal medio</b>						
0-14	2.60	2.30	2.39	2.50	2.24	2.27
15-44	3.00	3.07	3.18	2.92	3.13	3.10
45-64	0.66	0.70	0.79	0.87	0.86	0.86
65 y más	0.05	0.04	0.03	0.11	0.13	0.14
Tamaño promedio	6.31	6.11	6.39	6.40	6.38	6.37

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).



Cuadro 11  
**MEXICO: CAMBIOS EN LOS INGRESOS REALES DE LOS HOGARES NUCLEARES Y  
 EXTENSOS, POR CICLO VITAL, SEGUN TIPOS DE PERCEPTORES, 1985-1988<sup>a</sup>**  
 (1985=100)

	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
<b>Hogares nucleares</b>						
Con hijos menores de 6 años de edad						
Ingreso del jefe	100	110	87	99	90	65
Ingreso ama de casa	100	438	371	908	807	767
Ingreso del hogar	100	114	90	108	99	73
Con hijos de entre 6-12 años de edad						
Ingreso del jefe	100	91	87	90	86	93
Ingreso ama de casa	100	113	86	113	101	62
Ingreso del hogar	100	93	87	93	88	90
Con hijos de entre 13-18 años de edad						
Ingreso del jefe	100	117	110	110	96	118
Ingreso ama de casa	100	157	123	187	205	171
Ingreso de los hijos	100	129	76	77	72	45
Ingreso del hogar	100	123	106	113	104	113
Con hijos mayores de 18 años de edad						
Ingreso del jefe	100	86	78	65	70	70
Ingreso ama de casa	100	178	122	133	142	188
Ingreso hijos	100	94	90	89	100	69
Ingreso del hogar	100	92	85	78	86	74
<b>Hogares extensos</b>						
Con hijos menores de 13 años de edad						
Ingreso del jefe	100	75	74	74	67	77
Ingreso ama de casa	100	76	182	217	209	294
Ingreso otros familiares	100	73	79	79	102	111
Ingreso del hogar	100	74	84	90	89	106
Con hijos de 13 años y más						
Ingreso del jefe	100	96	91	87	79	85
Ingreso ama de casa	100	102	65	83	48	63
Ingreso hijos	100	126	111	127	122	96
Ingreso otros familiares	100	200	121	141	107	85
Ingreso del hogar	100	111	101	110	96	87

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Abarca los hogares de bajos ingresos de la Ciudad de México.

Cuadro 12  
**MEXICO: INDICE DE CONSUMIDORES/PRODUCTORES DE INGRESOS<sup>a</sup>**  
 (Indice promedio Ci/Pi (primer panel))

Estrato	Junio 1985	Noviembre 1985	Agosto 1986	Febrero 1987	Agosto 1987	Febrero 1988
Formal bajo	4.48	4.36	4.11	3.63	3.97	3.68
Formal medio bajo	4.34	3.57	3.81	3.47	3.18	3.32
Formal medio	3.47	3.41	3.53	3.52	3.68	3.73
Informal bajo	4.53	4.47	4.13	3.82	3.99	3.83
Informal medio	4.03	3.64	3.28	3.23	3.41	3.85
Total del AMCM	4.21	3.95	3.82	3.55	3.68	3.68

Fuente: Encuesta del Instituto Nacional del Consumidor (INCO).

<sup>a</sup> Se refiere al área metropolitana de la Ciudad de México (AMCM).

## BIBLIOGRAFIA

- Alba, C. y B. Roberts (1990), "Crisis, ajuste y empleo en México: la industria manufacturera de Jalisco", Estudios sociológicos, vol. 8, No. 24.
- Altimir, O. (1982), "La distribución del ingreso en México, 1950-1977", Distribución del ingreso en México, Banco de México, serie Análisis estructural, México, D.F.
- Argüello, O. (1981), "Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido", Demografía y economía, vol. 15, No.2.
- Ayala, R. y C. Schaffer (1991), Salud y seguridad social. Crisis, ajuste y grupos vulnerables, México, D.F., Instituto Nacional de Salud Pública.
- Balán, J., H. Browning y E. Jelin (1973), El Hombre en una sociedad en desarrollo, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Blanco, J. y O. López (1992), "La modernización neoliberal en salud: México en los ochenta", México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), inédito.
- Boltvinik, J. (1989), "La satisfacción de las necesidades esenciales en México, 1970-1987", Estancamiento económico y crisis social en México, 1983-1988, J. Lechuga (comp.), México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- Bortz, J. (1990), "Política salarial en México", Industria y trabajo en México, J. Wilkie y J. Reyes Heroles (comps.), México, D.F. Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- \_\_\_\_\_ (1987a), Los salarios en México, México, D.F., El Caballito.
- \_\_\_\_\_ (1987b), "The dilemma of Mexican Labor", Current History, marzo.
- Brandao Lopes, J. y A. Gottschalk (1990), "Recessao, pobreza e família", São Paulo em perspectiva, vol. 4, No. 1.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1989), La dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los años ochenta (LC/G.1557), Santiago de Chile, mayo.
- Cornell, L. (1987), "Where can family strategies exist", Historical Methods, vol. 20, No. 3.

- Cornia, G. (1987), "Ajuste a nivel familiar: Potencial y limitaciones de las estrategias de supervivencia", Ajuste con rostro humano, G. Cornia, R. Jolly y F. Stewart (comps.), Madrid, Siglo XXI Editores.
- Cortés, F., E. Hernández-Laos y R. Rubalcava (1990), "Distribución de los ingresos salariales en el sector formal de la economía mexicana", México en el umbral del milenio, CES, México, D.F., El Colegio de México.
- Cortés, F. y R. Rubalcava (1992), "Cambio estructural y concentración: un análisis de la distribución del ingreso familiar en México, 1984-1989", documento presentado a la conferencia "The sociodemographic effects of the crisis in Mexico", The University of Texas at Austin, abril.
- \_\_\_\_\_ (1991a), "Algunas tendencias y perspectivas de la distribución del ingreso familiar en México", México, D.F., inédito.
- \_\_\_\_\_ (1991b), Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento. La distribución del ingreso en México (1977-1984), serie Jornadas, México, D.F., El Colegio de México.
- Crow, G. (1989), "The use of the concept of 'strategy' in recent sociological literature", Sociology, vol. 23, No.1, febrero.
- Cuellar, O. (1990), "Balance, reproducción y oferta de Fuerza de Trabajo familiar. Notas sobre las estrategias de vida", Crisis y reproducción social, Cortés, F. y O. Cuellar, (comps.), México, D.F., Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/Porrúa Editores.
- Chant, J. (1988), "Mitos y realidades de la formación de familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México, L. Gabayet, Guadalajara, El Colegio de Jalisco-CIESAS.
- De Barbieri, T. y O. De Oliveira (1989), "Reproducción de la fuerza de trabajo en América Latina: Algunas hipótesis", Las ciudades latinoamericanas en la crisis, M. Schteingart, México, D.F., Trillas.
- De la Peña, S. (1990), "Niveles de bienestar, 1982-1988", Industria y trabajo en México, J. Wilkie y J. Reyes Heróles (comps.), México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- De la Rosa, M. (1990), "Estrategia popular para tiempos de crisis", Crisis, conflicto y sobrevivencia, G. De la Peña y otros (comps.), México, D.F., Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- De Lara, S. (1990), "El impacto socioeconómico de la crisis sobre la clase media", Las clases medias en la coyuntura actual, S. Loaeza y C. Stern (comps.), serie Cuadernos del CES, México, D.F., El Colegio de México.
- De Oliveira, O. (1988), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: Tendencias recientes", México, D.F., El Colegio de México, inédito.

- De Oliveira, O. y V. Salles (1989), "Introducción. Acerca del estudio de los grupos domésticos: un enfoque sociodemográfico", Grupos domésticos y reproducción cotidiana, O. De Oliveira, M. Pepin Lehalleur y V. Salles, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Editorial Porrúa/El Colegio de México.
- De Oliveira, O. y B. García (1990a), "Expansión del trabajo femenino y transformación social en México", México en el umbral del milenio, CES, México, D.F., El Colegio de México.
- \_\_\_\_\_ (1990b), "El nuevo perfil del mercado de trabajo", documento presentado a la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, México, D.F., SOMEDE.
- Escobar, A. y M. González de la Rocha (1988), "Microindustria, informalidad y crisis en Guadalajara", Estudios sociológicos, vol. 6, No. 18.
- Escobar, A. y G. De la Peña (1990), "Introducción", Crisis, conflicto y sobrevivencia, G. De la Peña y otros (comps.), México, D.F., Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- Fletcher, P., S. Grantham y C. Powell (1988), "Nutritional status of Jamaican children in an economic depression", Ecology of Food and Nutrition, vol. 21.
- Folbre, N. (1987), "Family strategy, feminist strategy", Historical Methods, vol. 20, No. 3.
- García, B. (1988), Desarrollo económico y fuerza de trabajo en México, 1950-1980, México, D.F., El Colegio de México.
- García, B., H. Muñoz y O. De Oliveira (1983), "Mercados de trabajo y familia: una comparación de dos ciudades brasileñas", Revista mexicana de sociología, vol. 45, No. 1, enero-marzo.
- \_\_\_\_\_ (1982), Hogares y trabajadores en la Ciudad de México, México, D.F., El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- García, B. y O. De Oliveira (1991), "Jefas de hogar y violencia doméstica", México, D.F., El Colegio de México, inédito.
- \_\_\_\_\_ (1990), "Recesión económica y cambio en los determinantes del trabajo femenino", México, D.F., El Colegio de México, inédito.
- García, A., A. Gómez-Galvarriato y J. Romero (1988), "Evolución de la economía mexicana", documento presentado al V Encuentro Hispano-Mexicano de Científicos Sociales, México, D.F..
- González de la Rocha, M. (1987), "Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara", ponencia presentada al Primer coloquio de talleres del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), El Colegio de México, marzo.
- \_\_\_\_\_ (1986), Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara, México, D.F., El Colegio de Jalisco/CIESAS/Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP).

- González de la Rocha, M. y A. Escobar (1989), "Crisis y adaptación: Hogares de Guadalajara", Memorias de la III Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, SOMEDE.
- González de la Rocha, M., A. Escobar y M. Martínez (1990), "Estrategia versus conflicto. Reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis", Crisis, conflicto y sobrevivencia, G. De la Peña y otros (comps.), México, D.F., Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- Gross, R. y otros (1987), "The influence of economic deterioration in Brazil on the nutritional status of children in Rio de Janeiro, Brazil", Ecology of Food and Nutrition, vol. 19.
- Hernández-Laos, E. (1992), "La pobreza en México", Comercio exterior, vol. 42, No. 4, abril.
- \_\_\_\_\_ (1991), "Crecimiento económico y pobreza en México", México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), inédito.
- \_\_\_\_\_ (1989), "Tendencias recientes en la distribución del ingreso en México (1977-1984)", inédito.
- INCO (Instituto Nacional del Consumidor) (1989), "El gasto alimentario de la población de escasos recursos de la Ciudad de México", Comercio exterior, vol. 39, No. 1, enero.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (1989), Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, primer trimestre de 1984, México, D.F..
- Jusidman, C. (1989), "Evolución del empleo y los mercados de trabajo en México", Memorias de la III Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, México, D.F., SOMEDE.
- Leslie, J. (1988), "Women's work and child nutrition in the third world", World Development, vol. 16, No. 11.
- Looney, R. (1978), Mexico's Economy: A Policy Analysis with Forecasts to 1990, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Lustig, N. y J. Ros (1986), "Stabilization and adjustment in Mexico: 1982-85", documento preparado para el proyecto "The impact of global recession on living standards in selected developing countries", Universidad de las Naciones Unidas (UNU)/Instituto Mundial de Investigación de Economía del Desarrollo (WIDER).
- Lustig, N. (1991), "Mexico: The social impact of adjustment", Brookings Institution, inédito.
- \_\_\_\_\_ (1990), "Economic crisis, adjustment and living standards in Mexico, 1982-85", World Development, vol. 18, No. 10.
- \_\_\_\_\_ (1987), "Crisis económica y niveles de vida en México: 1982-1985", Estudios económicos, vol. 2, No. 2, México, D.F., El Colegio de México, julio-diciembre.
- \_\_\_\_\_ (1986), "Balance de sombras. El precio social del ajuste mexicano", Nexos, vol. 9, No. 106, México, D.F.

- Margulis, M. (1989), "Reproducción de la unidad doméstica, fuerza de trabajo y relaciones de producción", Grupos domésticos y reproducción cotidiana, O. De Oliveira, M. Pepin Lehalleur y V. Salles, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Editorial Porrúa/El Colegio de México.
- Margulis, M. y R. Tuirán (1986), Desarrollo y población en la frontera norte. El caso de Reynosa, México, D.F., El Colegio de México.
- Mertens, L. y P. Richards (1987), "Recession and employment in Mexico", International Labour Review, vol. 126, No. 2, marzo-abril.
- Moch, L. (1987), "Historians and family strategy", Historical Methods, vol. 20, No. 3.
- Padua, J. (1990), "Los desafíos del sistema escolar formal", México en el umbral del milenio, México, D.F., El Colegio de México.
- Pollack, M. y M. Villarreal (1991), "Ajuste estructural, mujer y estrategias de sobrevivencia", documento presentado al Taller de trabajo Familia, Desarrollo y Dinámica de la Población en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 27 al 29 de noviembre.
- Raczynski, D. y C. Serrano (1984), Mujer y familia en un sector popular urbano: Resultados de un estudio de caso, serie Notas técnicas, No.47, Santiago de Chile, Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN).
- Rendón, T. y C. Salas (1991a), "El mercado de trabajo no agrícola en México: Tendencias y cambios recientes", documento presentado al Seminario Mercados de trabajo: una perspectiva comparativa, tendencias generales y cambios recientes, México, D.F., Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte y Fundación Friedrich Ebert.
- \_\_\_\_\_ (1991b), "La transformación en el empleo en los años ochenta: Una visión de largo plazo", El cotidiano, No. 42, julio-agosto.
- \_\_\_\_\_ (1989), "El empleo y los salarios durante la crisis", Estancamiento Económico y Crisis social en México, 1983-1988, J. Lechuga (comp.), México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- \_\_\_\_\_ (1987), "Evolución del empleo en México: 1895-1980", Estudios demográficos y urbanos, vol. 2, No. 2, México, D.F..
- Salas, C. (1992), "¿Pequeñas unidades económicas o sector informal?", El cotidiano, No. 45, enero-febrero.
- Samaniego, N. (1990a), "El empleo en México: Crisis y perspectivas", Industria y trabajo en México, J. Wilkie y J. Reyes Heróles (comps.), México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).

- \_\_\_\_\_ (1990b), "Algunas reflexiones sobre el impacto económico de la crisis en las clases medias", Las clases medias en la coyuntura actual, S. Loaeza y C. Stern (comps.), serie Cuadernos del CES, México, D.F., El Colegio de México.
- Scott, D. (1987), "Family strategy: More than a metaphor", Historical Methods, vol. 20, No. 3.
- Selby, H. y otros (1990), "La familia urbana mexicana frente a la crisis", Crisis, conflicto y sobrevivencia, G. De la Peña y otros (comps.), México, D.F., Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- Selby, H., A. Murphy y S. Lorenzen (1990), The Mexican Urban Household. Organizing for Self-defense, Austin, University of Texas Press.
- Soria, V. y G. Farfán (1990), "El deterioro del bienestar social y de la salud en México", Testimonios de la crisis. Los saldos del sexenio 1982-1988, E. Gutiérrez (comp.), México, D.F., Siglo XXI Editores.
- Tello, C. (1980), La política económica de México, 1970-1976, México, D.F., Siglo XXI Editores.
- Tilly, L. (1987), "Beyond family strategies, What?", Historical Methods, vol. 20, No. 3.
- Trimberger, R. y M. MacLean (1982), "Maternal employment: The child's perspective", Journal of Marriage and the Family, mayo.
- Unikel, L., C. Ruiz y G. Garza (1976), El desarrollo urbano de México, México, D.F., El Colegio de México.
- Velázquez, A. y J. Arroyo (1991), "Avance del estudio: La dinámica demográfica familiar durante la crisis en cuatro ciudades medias subregionales en el occidente de México", documento presentado a la reunión organizada por la Asociación Mexicana de Población (AMEP) sobre Avances y resultados de los proyectos apoyados por la Fundación McArthur, Guadalajara.